

LAS VIDAS ALQUÍMICAS DE EMILIO QUIJANO

IGNACIO RAMÍREZ RICO Y ALEJANDRO MELÉNDEZ SOTO



2022





Agradecimientos:

A nuestros padres.

A José Estrada y Mariana Terroba.

No debemos dejar de mencionar a Luis Héctor Arreola, Alejandro Balderrama Avitia, Jorge García y Miguel Ángel Gutiérrez quienes dieron una primera lectura al manuscrito, nutriéndolo con sus comentarios. También a Raúl Manríquez.

Además de Paco Maverick, Ángel Taba, Fernanda Garza, Maximiliano Ramírez y Arturo Rico Bovio, quien tuvo a bien la “extraducción” de la presente obra.

Las vidas alquímicas de Emilio Quijano

IGNACIO RAMÍREZ RICO Y ALEJANDRO MELÉNDEZ SOTO





Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Gustavo Macedo Pérez
Victoria María Montemayor Galicia
Arturo Loera Acosta
Luis Fernando Rangel
Nidia Paola Juárez Méndez

Vocales editoriales

Ramón Alejandro Carrillo Mercado
Programa Editorial

www.lacreatura.mx
Diseño y maquetación

Tzeitel Velo
Corrección de estilo

Raúl Manríquez G.
Arte de portada

ISBN En Trámite
D.R. Instituto de Cultura del Municipio
Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.



PRIMERA EDICIÓN
AÑO 2022-2023



Chihuahua es capital de jóvenes escritores, mujeres y hombres que han encontrado en la palabra una herramienta para construir nuevas realidades, más humanas, más habitables.

El Programa Editorial de Chihuahua (PECH), que el Gobierno Municipal despliega a través de su Instituto de Cultura (ICM), representa una plataforma sólida para las nuevas generaciones de ensayistas, dramaturgos, novelistas, cronistas, cuentistas y poetas.

PECH es semillero de las letras en Chihuahua capital; a través de este programa, nuestra ciudad se adentra en el territorio de escritores emergentes y con trayectoria.

Para toda mujer u hombre que se dedica a la literatura, la oportunidad de ser publicado representa el despunte de su mayor pasión, una que, a su vez, llevará a los amantes de la lectura en la conquista de mundos mejores.

El Gobierno Municipal cumple, y prueba de ello es nuestro programa editorial que, desde su creación hasta esta edición, alcanza las 47 obras publicadas dentro de sus tres colecciones: Soltar las Amarras, Escritores con Trayectoria e Historias de mi ciudad.

Así, a través de la palabra escrita, de la literatura, de ideas frescas y escenas imaginarias de nuestra cotidianidad, hacemos de Chihuahua capital un municipio de escritores, jóvenes mujeres y hombres que con su intelecto y disciplina hacen de Chihuahua, la capital que da norte a México.

Lic. Marco Antonio Bonilla Mendoza

Presidente Municipal de Chihuahua

No todas las personas que empuñan un bolígrafo o se inclinan sobre el teclado quieren desplegar un universo de ficción, pero todos pretenden ejercer idéntica maravilla: la transmisión del pensamiento.
(Millán J. A. en Gómez Font et al.,2015, p.5)

El pensamiento crítico es clave para el desarrollo integral del humano, y no hay mejor forma de desarrollarlo que mediante la escritura. Podría decirse que redactar es una herramienta para comunicarse, pero esta definición no le hace justicia a la maravilla de la escritura hecha literatura, donde aquel que porta la pluma entra a una realidad del pensamiento y articula ideas, vivencias y sueños al nivel de la conciencia para poder ser entendido por un afortunado lector. En el Programa Editorial se tiene como principal objetivo no solo publicar, sino ampliar el alcance de esas historias, historias que nacieron entre nosotros y deberíamos sentirnos orgullosos de tener en nuestras manos.

Entre cuentos, poemas y ensayos se da a conocer la esencia del escritor chihuahuense. Me es muy grato presentar a los autores que en esta edición publican su obra, algunos ya conocidos, otros emergiendo con su primera publicación, pero todas y todos ahora formando parte del acervo literario cultural chihuahuense. Enhorabuena.

María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura de Municipio



Las vidas alquímicas de Emilio Quijano

IGNACIO RAMÍREZ RICO Y ALEJANDRO MELÉNDEZ SOTO

EXTRADUCCIÓN

No es usual que una novela tenga una presentación introductoria. Se presta a que el comentarista rompa las reglas de la secrecía, dé pistas al lector de lo que puede encontrar en las siguientes páginas. En el lenguaje de los cinéfilos se viene empleando la expresión “*spoilear*” con un “no” perentorio que condena a los practicantes de este vicio nefasto al ostracismo de la información: “*¿ya viste este film? ¡ni se te ocurra adelantarme qué pasa!*”.

Consecuentemente, y para no ser reo de tan grave falta de delicadeza, me niego a realizar un análisis, intentar un estudio erudito de los personajes y clasificatorio de la trama. Lo que se escribió en lo obscuro de la inspiración de los autores (¿son uno, dos o un mero desdoblamiento?) que se difunda a la luz que le dé la lectura de cada visitante del libro.

Por tanto no voy a titular a estas líneas como una pomposa “introducción”, porque no llenaría sus requisitos. Borges nos miraría sin mirar con un gesto de desaprobación y apuntaría al blanco del texto con un sustantivo que adjetiva: *ficciones*. De modo que me repliego y procuro un mejor nombre a mis comentarios que precederán a la narración ¿Por qué no una “extraducción”?

Hablar de una obra sin entrar de lleno en ella. Pasearse por sus orillas, circunnavegarla. Verla por fuera, no en su interior. Apuntar más a las dudas que al conocimiento. Preguntar, no afirmar. Mover a la curiosidad y luego quitarse de en medio para que sin dilación ¡finalmente! el lector-lectora pueda entrar en materia.

¿Puede un periodista (o dos) construir una trama con un tinte de ficción policiaca? ¿No lo hizo en alguna forma García Márquez? ¿Y si incorporara una extraña enfermedad mental que no sabemos si está desclasificada? Hoy, bajo la pesada sombra de Foucault, hasta los doctos psicólogos rehúyen calificar a una forma extraña de comportarse bajo el nombre de patología o de anormalidad. No vaya siendo que se les acuse y condene, sin previo juicio, al sambenito de la discriminación y la intransigencia. La diferencia, en este caso la “esquecitis”, no es pecado, ni un definido padecimiento mental.

Un diálogo de dos: Laura Reza y Abel Quijano, para integrar un expediente periodístico que se publica por entregas, es el entramado para reconstruir la enigmática historia de Emilio Quijano y su posible (¿o múltiple?) interpretación.

¿Qué podemos esperar de la lectura de *Las vidas alquímicas de Emilio Quijano*? Un sabroso disfrute, un humor subterráneo, exploraciones novedosas en las estrategias narrativas, quizá un desenlace que esclarece y a la vez oculta la verdadera intención de una investigación periodística de claro corte detectivesco. Aunque no hay entre los personajes un Hércules Poirot, sino una novia meticulosa que va hilando las piezas del rompecabezas de una o muchas vidas.

Quizá, sólo quizá, esta novela estrene una forma alternativa de contar las metamorfosis humanas que todos experimentamos a lo largo de nuestra temporalidad.

Quien proceda a leer este libro tiene la palabra.

Arturo Rico Bovio

I

Cuando tu trabajo es investigar lo interesante del mundo para luego transmitirlo, volverlo del conocimiento público, cualquier historia que salga de lo cotidiano es candidata a ser expuesta. Una enfermedad rara es un buen pretexto para gastar tinta y tratar de entretener a un público cada vez más escaso, que aún ve noticias de interés y se niega a consumir las notas de la prensa rosa y los chismes de farándula.

La verdad, en más de una ocasión, en las noches en las que revisamos nuestro nivel de audiencia, me pregunto: ¿cuánto tiempo le queda de vida al periodismo de investigación? Al que informa sobre algo más que la vida de las celebridades. La respuesta en el aire no suena alentadora.

Quizás esta sea la única razón por la que decidí dar luz verde al proyecto de la esquecitis, la rara enfermedad —casi desconocida— en la que Abel, mi novio, ha insistido tanto en exponer y dedicarle tiempo y tinta.

No soy tonta, sé que el deseo de Abel por este tema es profundamente personal, pero sé también que él es un periodista profesional y que llevará a cabo el trabajo deslindándose de cualquier interés propio. El miedo real no radica en su profesionalismo, sino en el daño o la influencia que esta investigación le pueda generar al individuo, al hombre, al investigador.

Escribir es como la mítica alquimia: el hombre, el escritor, transmuta con su obra, con su trabajo. Lo que investiga, lo que descubre lo hace cambiar muy adentro de sí mismo, y nunca vuelve a ser el mismo. El arte de escribir, al igual que el de la alquimia, dota al hombre de una nueva percepción de la realidad, de un nuevo enfoque, madura con su obra.

II

Transcripción del primer artículo de la serie sobre la esquecitis de la revista *Historias Asombrosas*, publicada por el grupo periodístico «Centuria». Serie de artículos escritos por el periodista Abel Quijano y por la editora Laura Reza, editora de dicha asociación.

Esquecitis: ¿vestir vidas ajenas?

Por Laura Reza y Abel Quijano.

México, 20__¹

Existen todo tipo de enfermedades, unas te asfixian desde adentro privándote del último de los alientos; otras, petrifican la sangre o convierten a aquellos que las padecen en unas estatuas perceptivas. Las hay menos fatales, pero no por ello de menor tormento, unas que te hacen ver fantasmas y otras que te hacen querer ser uno. Pero de todo ese infierno que puebla los catálogos de la medicina, pocas como la descubierta en 1886 por el médico alemán Alexander Von Feurebach en su célebre travesía por los barrios bajos de una localidad brasileña.

El padecimiento descubierto y estadísticamente invisible fue eclipsado por pandemias que, en comparación, bien podrían haber sido el apocalipsis sobre el mundo, pero es importante no olvidar que, en aquel hospital de un barrio popular de Brasil, se descubrió el primer caso diagnosticado de «esquecitis», la enfermedad que transmuta la vida de quien la padece.

¹ El original se encuentra ilegible, posible error de impresión.

Este artículo será el primero de una serie que abordará esta peculiar y desconocida enfermedad. En esta primera entrega abordaremos sus rasgos característicos, dejando para las posteriores entregas el seguimiento a la historia del único caso mexicano conocido: el ciudadano Emilio Quijano.

¿Qué es la esquecitis?

Según las propias autoridades sanitarias, es un padecimiento no contagioso que altera en quien lo padece su memoria a largo plazo. A diferencia de la amnesia o el Alzheimer, la persona no simplemente deja de recordar quién era; con la esquecitis, el paciente adopta como propias vidas que nunca le pertenecieron. Es un tipo de demencia, pero con particularidades que no permiten que a la fecha las autoridades concretas dicten un fallo respecto a la naturaleza del padecimiento, ya que el paciente, de alguna manera, no sólo adopta una identidad distinta, sino que lo hace una vez que logra procesar toda una serie de conocimientos propios de la vida que «toma prestada».

Existe un referente en Francia: una maestra de danza que se convenció de ser un electricista de mediana edad, a la fecha se desconoce en qué momento y lugar aprendió los aspectos técnicos del oficio. La mujer falleció en un lamentable accidente que nada tiene que ver con circuitos y corrientes, ella simplemente se paró en la esquina equivocada en el instante equivocado. El paramédico que la sacó de debajo de aquel camión que la embistió refirió que en sus tres últimos minutos de vida aquella mujer recordó quién era.

El caso mexicano —al que haremos referencia en futuras entregas— fue diagnosticado en la infancia, pero no manifestó los estragos de dicha enfermedad sino hasta la edad adulta, cuando

el paciente era ya hombre casado y padre de familia, a la cual abandonaría producto de una materialización de su enfermedad.

La posibilidad de declararlo muerto o ausente se imposibilitó quince años después, debido a que el juzgado fue informado sobre el hombre gracias a un viejo expediente empolvado que alguna dependencia emitió cuando aquel giró sus oficios de búsqueda. Emilio Quijano era uno de los pocos pacientes (menos que los dedos de ambas manos) confirmados por la OMS como enfermos de esquecitis en el mundo.

El caso del Sr. Quijano fue uno más de desaparición de los muchos existentes en la vida nacional, hasta hace poco, cuando nueva evidencia demuestra que su enfermedad fue la causa de su ausencia.

Esta serie de artículos seguirá una investigación en proceso en búsqueda del paradero del señor Quijano, exponiendo con esto los estragos, características y problemáticas de la poco célebre pero interesante esquecitis.

III

Se dice que cuando un escritor redacta su obra involucra parte de su esencia en su trabajo, pero en el caso de este proyecto, la vida e historia de Abel está comprometida en su totalidad. Indirectamente, y por asociación, creo que la mía también.

Cuando conocí a Abel, tardó cuatro citas para contarme su temor a ser padre, en gran medida porque el suyo, Emilio, los había abandonado un miércoles. Sin amante sabida, deuda de dominio popular o señal diversa que alertara de un riesgo inminente a la huida, el hombre salió de traje y portafolio y jamás regresó a casa.

Emilio, el padre de Abel, nunca apareció. Las autoridades se cansaron de buscarlo (al menos eso declararon), y el asunto quedó confinado a un folder color manila. La herida, superficial o profunda (¿importa acaso?), parecía cerrar con el inevitable trotar de los años.

Existe la idea generalizada de que los reporteros dedicamos la vida a perseguir las historias de los demás, ajenos (a ojos de todos) a la posibilidad de vivir una trama propia, de esas llenas de giros, intrigas o sorpresas. Nada más equivocado.

La historia en la que estamos trabajando es la vida de Abel, es la historia de su padre que, a su vez, es otra serie de personas que no son su padre. Quizá la creencia popular es correcta y sí perseguimos historias ajenas, aun y cuando las vivimos en carne propia.

Estar con Abel, como pareja y como colega, ha sido algo bueno, creo. En este tiempo de conocernos la empatía y los gustos comunes han detonado una notable simbiosis, tanto en lo laboral como en lo social, tanto en lo público como en lo privado.

Para el entorno, para los amigos y colegas, Abel y yo somos

una pareja casi mimetizada con la tinta y el papel, con las horas exhaustas en la redacción, envueltos en una dupla que pareciera embonar a la perfección. Quiero pensar, tonta e idílicamente, que eso es así.

En toda relación humana siempre hay peros que arruinan la perfección que buscamos, nimiedades a veces, o detalles que en realidad importan. Cosas simples, como que Abel es un aventurero, un hombre de campo y yo una rata de escritorio, una perfeccionista obsesiva.

Quizá de esta dicotomía de responsabilidades nace nuestra dinámica exitosa en lo profesional. Él va a la aventura de lo desconocido; yo hago el papeleo, el trabajo minucioso. Él ama su libertad; yo el éxito que conseguimos juntos.

Para muchos fue extraño que nos convirtiéramos en pareja. La gente no entiende que, aunque en el exterior parezcamos tan diferentes, en realidad, en lo esencial, somos muy similares. Ambos buscamos la verdad, amamos el periodismo, sólo que diferentes facetas del mismo. Abel es la encarnación de la aventura, de la investigación; yo soy la parte analítica, la redactora. Mientras él ama descubrir cosas nuevas, yo amo desnudar historias, desmenuzarlas, encontrar la verdad oculta en cada hecho simple de la cotidianidad social.

En lo personal no existen muchos conflictos, aunque siempre hay sombras en toda vida que manchan la paz de las personas, obviamente. En Abel una sombra densa, una carga constante, es el abandono paterno. Para un hombre como Abel, un amante de rastrear la verdad, el desconocimiento de una decena y media de años del paradero de su padre es una marca indeleble.

No es que al crecer Abel resintiera tanto dicha ausencia, o que lo haya hecho de una manera especial. La padeció de la

misma manera recurrente en la que la sufren miles de niños en sociedades como la nuestra. El verdadero conflicto de Abel reside en el paradero de su padre, le frustra no saber la verdad, es un hombre que eligió buscarla como profesional.

Lo que hace a Abel tan bueno en su trabajo es que ve lo mágico en la cotidianidad. Donde muchos ven lo ordinario, él descubre lo interesante. Por eso comenzó a desplazarse en el metro, para aprovechar la necesidad de ir de una ubicación a otra y convertirla en un receptáculo de historias potenciales a investigar. No me hubiera imaginado que, en uno de sus viajes, en una de sus cacerías de historias, y justamente un día que decidí acompañarlo, el destino lo contactaría con la historia con la que en realidad siempre estuvo conectado.

El Sistema Colectivo Metro de la Ciudad de México es una compleja red que entrelaza las venas mecánicas de un organismo cuya vida diaria mueve a cuatro millones de personas, en sus vagones diariamente suceden historias, personas se conocen, se agreden, incluso se enamoran... Todo tipo de personajes abordan en sus adentros, esta es la magia de la cual intentábamos sacar historias.

«Diez pesos le vale, diez pesos le cuesta...» expresa un tipo con las venas marcadas en el cuello por la bocina que carga para promocionar el disco *Tiempo de pachangas*, otro te vende artículos con la leyenda «muestra gratis», pero lo que se cobra es el no tener que ir a buscarlas. Otros son ciegos que cantan, incluso uno que otro traga-sables o contorsionista asoma un misticismo circense a los vagones.

Aquel 4 de agosto, unas cuantas semanas antes de que el juez dictara una declaración de muerte por ausencia, Abel acudió a cubrir la galería fotográfica del Metro. En ella se exponían

momentos capturados desde la apertura del metro hasta la fecha. En esta ocasión el metro no era visitado para buscar historias, sino para cubrir una, por esa razón lo acompañé. No suelo interferir cuando investiga, creo que, como en la propuesta física de Heisenberg, mi presencia en sus búsquedas altera el resultado de las mismas.

Del túnel de la ciencia a momentos dolorosos, de un lado un niño sonriendo paleta en mano junto a su madre esperando a abordar y en contraposición los forenses levantando los pedazos de un suicida que una buena mañana decidió arrojarse contra la bestia de metal. Un poco de historia vuelta imágenes.

Así, en pareja, veíamos la galería sobre la que escribiríamos (jamás imaginé que tanto) en un futuro inmediato, pero el apretón involuntario de Abel casi me destroza la mano, no entendiendo la razón hasta que en medio de tartamudeos me confió:

—¡E...e... ese e... es mi papá!

—¿Quién...?

—Ese, el faquir, en la foto...

—¿Estás seguro?

—Sí...

IV

La reacción a tan inesperada sorpresa es una sensación complicada de expresar, los cómo, los porqué pasan inevitablemente por la cabeza cuando una persona descubre algo así. De don Emilio sólo tenía los bosquejos incompletos de un Abel que lo recordaba desde la infancia. Aquel hombre, castigado por la precariedad y por la extraña y dura profesión que había elegido, distaba muchísimo del padre de familia en la memoria de mi novio.

Aunque la sensación fue muy extraña, claro está, pronto me vino la razón y el análisis de que la descripción hecha con anterioridad por Abel haya sido equívoca. Las razones para dicho error son muchas, desde la idealización paterna hasta un mero quebrantamiento de la realidad, producido por los rasgos difusos de la memoria o el descoloramiento de la verdad, producido por el paso del tiempo.

Sin embargo, toda duda de una idealización consciente del hijo hacia el recuerdo paterno se diluyó al analizar el semblante del hombre que no podía creer que aquella figura exótica del metro fuera, en efecto, la del hombre ausente en su vida desde sus años mozos.

Es difícil imaginar lo que debió ser para Abel descubrir que su padre, durante la última década, estuvo jugando al artista urbano, acostándose sobre vidrios y clavos, escondido a simple vista. Una sensación de impotencia, propia de suponer que quizás compartieron un momento y un vagón sin reconocerse, queriendo culpar a la rutina y a esa dinámica más propia de un hormiguero que de un sistema de personas, pero sin lograrlo.

Era su padre, él debió reconocerlo, aún en medio de la vorágine humana. ¿O no?

Aquella fotografía que, sin imaginarlo, nos llevaría a recorrer el país, capturaba a Emilio Quijano con el torso desnudo, pantalón y sandalias. En aquella foto, junto a un niño con la misma indumentaria, se levantaba de una cama de clavos y vidrios improvisada con una vieja camisa.

Esa prenda, diría Abel, era irreconocible. Una camisa con flamencos estampados que le había regalado a su papá, usando el dinero que le había dado su madre expresamente para ello, y con la que salió aquella fatídica tarde y de la cual se hizo hincapié a las autoridades a cargo de su búsqueda. ¿Y cómo la iban a encontrar? Si más que camisa ahora era un saco con el que un faquir cargaba los materiales para su espectáculo.

V

No fue tan difícil conseguir la serie de fotografías tomadas muchos años atrás, sólo costó un tiempo de búsqueda para encontrar al encargado de la exposición y convencerlo de contactarnos con los artistas fotográficos encargados de dar vida a las imágenes.

El trabajo ciertamente era muy bueno. No soy una experta en fotografía, la verdad, pero mi limitado conocimiento de dicho arte me hacía notar el manejo fino de las luces y las sombras en las obras de aquella exposición.

La obra expuesta del más destacado de los expositores tenía la peculiaridad de mostrarnos más que imágenes: capturaba emociones en sus fotografías, las secuestraba para la posteridad.

Por ejemplo, aquella imagen de Emilio Quijano convertido en otra persona: un artista urbano. Con una mirada endurecida por el asfalto y el polvo, que sólo portan aquellos que sudan su día a día en la calle, musculoso y con la piel maltratada por el sol, en un arte fotográfico tan profundo que lo volvía místico, casi mágico de ver, hubiera sido una contemplación sublime para Abel (más versado en este arte que yo), de no ser por su conexión emotiva.

Al encontrarnos con el fotógrafo, Abel se encontraba impaciente, lo cuestionaba sobre cada detalle con una notable desesperación, cosa que asustó un poco al artista visual, que no tenía idea de lo que pasaba. En realidad, la entrevista con el hombre sólo había sido programada para dar seguimiento a nuestro artículo del metro, él no había sido informado de esta segunda investigación.

El apasionamiento de Abel fue sorpresivo para el fotógrafo, pero no molesto; como artista de las imágenes, interpretó la euforia emotiva del reportero como obsesión creativa, una excentricidad que expuso como propia de sí mismo. El hombre se disculpó por

no recordar mucho de los hechos, debido a la lejanía temporal en la que se había realizado el trabajo, pero ofreció su ayuda con algo que él creía podía servirnos en nuestra investigación. Nada más acertado.

Para una exposición fotográfica se toman algunas de las fotos realizadas por el autor, pero en realidad son muchísimas más las que se realizan, algo que no todo el mundo sabe. Algunos autores desechan las no seleccionadas; otros, como este hombre, las guardan, creyéndolas útiles en la posteridad.

De aquellas imágenes se advertía, al divisarlas desde una perspectiva en conjunto, un liderazgo de Emilio hacia el resto de artistas, incluso se podía sentir un temor de los otros hacia él.

¿Era posible que el padre amoroso y amable de mi querido Abel y este hombre endurecido, visiblemente peligroso, fueran la misma persona? Pero ese hombre no era Emilio Quijano, las personas, incluso ciertas autoridades, lo registraron como Raymundo Huerta.

VI

Durante días nos dedicamos a investigar la idea de faquires como salidos del más excéntrico escenario del romanticismo en el transporte colectivo. Estos hombres me hacen pensar en una figura casi mágica, en individuos completamente espirituales.

Complejo es pensar que, en los barrios bajos de la ciudad, subsistan entes de esa carga mística. Si el asceta nutre su alma de la carencia, ¿no podrían ser esos hombres, en pleno México, tan firmes ascetas como esos esqueléticos sabios de oriente?

Bajo la problemática de entrar en un mundo desconocido para ambos, Abel y yo decidimos contactar a nuestro único vínculo con este mundo: Alonso, un fotoperiodista de uno de los tantos periódicos amarillistas que abundan en la actualidad.

Alonso, nuestro amigo, figura como uno de los mejores reporteros de nota roja en la ciudad. Su trabajo en el diario *El Vespertino*, si bien propio de una prensa vulgar, no puede calificarse más que de honesto, pues el amarillismo, entre todos sus defectos, cumple con una honestidad en dosis incómodas. Una honestidad en la cual los personajes que desfilan por sus páginas están destinados a regresar a las mismas, hasta que mueran y se consagren en los colorados encabezados de algún titular escandaloso.

Mi rechazo hacia dicha prensa no recae en la veracidad de sus notas, la cual es más tangible que en los periódicos considerados serios, los cuales, en su gran mayoría, reciben financiamiento político que los obliga a tergiversar la verdad. En realidad, lo único reprochable para dicha prensa es lo explícito de su manejo de la verdad.

Tanto en el lenguaje como en las imágenes, su expresión explícita está en función del morbo y no de la claridad expositiva.

En su transgresión al periodismo clásico y en su deseo de exponer el morbo tan redituable, estos periódicos son profundamente irrespetuosos para con las personas involucradas en sus notas. Sin embargo, diría Alonso, el morbo vende. Estos periódicos se nutren de esa obscena necesidad del lector promedio, lo que los hace muy rentables.

¿Era Alonso la persona indicada para darnos pista de aquella tribu de artistas, entre los que podría estar mi desaparecido futuro suegro?

Gracias a las pesquisas realizadas por Alonso rastreamos a aquellos faquires hasta una vecindad situada en los adentros de la colonia San Felipe, célebre por su peligrosidad para aquellos ajenos a sus calles. Una colonia acostumbrada a nutrir a la prensa amarillista a la que el buen Alonso se dedicaba.

Dicha incertidumbre hacia la seguridad, producida por el constante anecdotario de malas situaciones vendido a mi persona por dicha prensa, me hacía estar algo temerosa de adentrarme en este lugar tan desconocido para mí. Quizá suene algo clasista admitirlo, es verdad, sin embargo el miedo a la otredad desconocida es algo muy propio de la naturaleza humana. Abel estaba tan decidido. ¿Qué debía hacer? ¿Acompañarlo en una odisea que bien podría ser para nada?

Sabíamos que eran siete u ocho hombres quienes conformaban el grupo circense. A su vez habían involucrado a otro igual número de niños procedentes del barrio, lo cual me hacía descalificar al grupo al instante, pues deberían estar en las aulas y no dándose vueltas sobre clavos y vidrios en algún vagón movilizado sobre la línea azul del metro, con un horario de trabajo que, aunque bien podría variar, sí obedecía a patrones fijos por la rutina más que por una concepción seria del deber.

Ese día, hablando con Alonso, analizaba el día a día frente a la persecución de la nota roja de un altercado en Lindavista, desde una pareja a la que le daba por practicar esgrima con los cuchillos de cocina, a un repartidor atropellado en pleno Reforma, pasando por un exhibicionista en la glorieta de los Insurgentes, a un tiroteo entre policías y bandidos cerca de Cabeza de Juárez. Un maratón de tragedias sociales, convertidas próximamente en notas impregnadas del mayor morbo posible.

Mi amigo se tardaba más en llegar al lugar del hecho que en documentarlo y pasarlo a edición, donde sin mayor recato que una coma o un acento faltante terminaba por ser impreso. Los vómitos de la ciudad resumidos en eventos fugaces se exhibían como un espectáculo y su resolución era irrelevante, pues el chiste era aportar esa dosis de morbo para satisfacer a los lectores.

Alonso reconocía a algunos faquires porque, para bien o para mal, habían protagonizado en el pasado esas notas fugaces de manera reiterada: se habían agarrado a golpes contra unos mariachis ante un desacuerdo en Garibaldi, terminando con un guardia de seguridad de sabrá Dios qué congal, al que le aterrizaron una guitarra en la cabeza. La nota se tituló *¡Solo de guitarra!*. Otro incluso tuvo una investigación por parte de las autoridades al presuntamente venderle una pistola a un futbolista local que acabó por pegarse un tiro en la sien. *De cabecita el tiro*, versó el titular aquel día. Y así sucesivamente, ningún crimen (al menos comprobado), lo bastante fuerte para mantener a los faquires lejos de los escenarios propios a los pasillos de un vagón subterráneo.

VII

Abel y yo pasamos la mañana en el metro esperando ver a alguno de estos hombres. Cerca de las dos de la tarde, logramos divisar el espectáculo: un adulto y un niño abordaron con el torso desnudo y llevaron a cabo su show de manera mecánica.

En la espalda se reflejaban los años de experiencia traducidos en pequeñas marcas cicatrizadas. Me era desagradable observarlos. En esencia, quizás ese contexto no era tan distinto a la prensa amarillista a la que se dedicaba Alonso. Su contenido incomodaba, pero en esa incomodidad latente se encontraba su quintaesencia, su razón de ser, de vender... No deben ser tan distintos porque en ambos espectáculos, la puesta en escena ferroviaria y el ejemplar de *El Vespertino*, uno sólo se priva de unas cuantas monedas.

Averiguamos entonces que el actual líder de los faquires era un tal Alberto, conocido en la San Felipe como «El Betillo», quien había sido entrenado por un mentado Raymundo Huerta. Le dimos doscientos pesos y una tarjeta de presentación con la promesa de más dinero, a fin de que sirviera como intermediario con ese personaje y así lograr entrevistarlo en una nueva sección de artistas urbanos para el grupo «Centuria».

Alberto es uno de los faquires que diariamente realizan un performance en el metro, siguiendo el camino de los místicos ascetas de oriente. Durante años, junto a sus compañeros del barrio de la San Felipe, ha traído al monstruo urbano de la CDMX la doctrina mística y circense de Oriente, pero vestida con elementos del contexto ciudadano latinoamericano.

Desde niño quiso ser ingeniero, pero la realidad económica que aqueja a muchas familias en el país lo obligó a seguir los pasos de su padre como artista urbano. Por tal motivo, desde los 10 años

de edad salió junto a su padre, Raymundo Huerta, a ganarse un lugar entre el ejército ambulante de vendedores, oradores y artistas que se pelean las monedas de los pasajeros en las distintas líneas del metro capitalino.

A la fecha, coordina a un grupo de ocho faquires que diariamente acuden con vidrios y clavos envueltos en camisas para acostarse sobre ellos, al son de las maracas con las que su compañero de turno le marca el paso para golpearse contra la filosa superficie que da vida a su espectáculo.

Abel y yo creíamos que si llegásemos preguntando por Emilio, quizás obtendríamos más desconfianza que respuestas. Lo mejor era acercarnos poco a poco. Bajo el telón de esa entrevista, el anzuelo había sido lanzado y sólo restaba esperar para ver si el pez lo mordería.

VIII

Transcripción de la primera entrevista realizada a Alberto «El Betillo» Balderrama en relación con el paradero de Emilio Quijano, al que el entrevistado conociera como Raymundo Huerta. Ciudad de México, mayo, 20__ Entrevista: Alberto «El Betillo» Balderrama Gálvez

¿Cómo es el día a día de un faquir en el metro?

La verdad no está fácil, implica meditar antes de salir, preparar las cosas, checar que los clavos no estén tan oxidados o los vidrios cochinos. Hay enfermedades, ¿sí sabes? Te puede dar algo y morirte. Luego nos juntamos con la banda y vemos qué línea le toca a cada quien, por ejemplo, las buenas para nosotros son la azul y la roja. Hoy llego hasta la estación Cuatro Caminos y me regreso.

¿Cómo empezaste tu carrera como artista urbano? ¿Cuáles fueron tus inicios?

De chiquito, comencé como a los 9 o 10 años. Un día llegó un señor al barrio. Él durante un tiempo fue como mi papá, incluso se quedó a vivir con mi mamá. Él era hijo de gente que le sabía a esto, allá en la India donde nació todo esto, ¿sí sabes? Él me empezó a llevar al metro y a enseñarme cómo lo hacía. Me habló de Amahab, su padre y maestro místico, que le enseñó cómo el espíritu se impone al cuerpo. Y él me lo pasó a mí.

¿Puedes contarnos más de este hombre? ¿Podrías decir que era más que tu maestro? ¿Que fue como tu padre? ¿Cuál es su historia?

Cuando tenía 9 años, mi mamá, harta de los madrazos que le daba mi papá y con ayuda de los vecinos y de la delegación, lo

corrió de la casa. A las pocas semanas, en verano, un día llegó un señor todo trajeado siguiendo a los muchachos que venían de cantar y vender sus cosas en el metro. El tipo los siguió desde Indios Verdes y pues toda la cuadra se dio cuenta de la madriza que le pusieron cuando llegaron hasta el barrio. Le reventaron varias botellas encima y lo dejaron acostado sobre los pedazos.

Y se quedó a vivir en esa esquina, durmiendo encuerado sobre los clavos. Al rato (sabe Dios de dónde), consiguió una escoba y comenzó a conseguir comida barriendo, hasta que le ayudó a los albañiles de la obra cercana y le dieron permiso de quedarse allí. Un día le ayudó a mi madre a cargar el mandado. Luego volvió a resanar la banqueta. De pronto ya se quedaba a cenar. Se metió a la casa como la humedad y en nada me molestaba tenerlo allí.

Entonces me di cuenta de que a veces Mundo (como le conocimos después), dejaba el sillón o la cama y se acostaba sobre los vidrios y clavos oxidados que había agregado a lo que cargaba en esa vieja camisa suya que usaba como morral, con la que todos lo vimos todo golpeado en su primer día en el barrio.

Fue cuando supe que Mundo en realidad había vivido en la India, donde había aprendido de sus antepasados, que a su vez llegaban a un gran asceta (él me enseñó esa palabra). Y comenzó a contarme sobre cosas espirituales que de otro modo, en medio de la Sanfe, nunca hubiera sabido.

¿Qué cosas te contó? ¿Algo de su pasado?

Pues sí, él vivió en la India, donde siendo huérfano de unos refugiados se vio obligado a pedir limosna para comer, hasta que fue encontrado por el sabio Amahab, quien percibió la fuerza de su espíritu. Cuando comenzó a quedarse en la casa, algo cambió, no sólo mi mamá fue más feliz, sino que se respiraba una vibra

distinta, había una fuerza en la casa que nos ayudaba... sin duda nos ayudaba.

¿Él vivió en la India?

Eso decía, pero que de adolescente se vino para acá, a México, a buscar un legado de sus padres y que aquí se quedó. Dejándose guiar por la quietud llegó hasta nosotros. Pero que el estar quieto no los confunda, el tipo era un cabrón hecho y derecho. Al tiempo, el barrio entero supo que no se podía meter con él. No era alguien que te fuera a fregar porque sí, pero si ese día los espíritus de paz no lo acompañaban en su trance, sí te devolvía el golpe, ¡PAM! (se golpeó el puño contra la otra mano), dos veces más fuerte de lo que tú se lo dieras.

¿Por qué lo dices?

Pues porque la raza decía «no pos ese ruco al que le pegaron los Johnys en la esquina de la ferre» y pos madres, que cuando le quisieron volver a pegar el tipo de uno a uno los dejó tumbados en la banqueta. Entonces se fue ganando el respeto de la gente. Uno de esos güeyes, «los Johnys» les decía, se quedó prendido y pos fue pistola en mano a caerle. ¡Nombre, no mames! El Mundo casi me lo mata a golpes. Agarró la pistola y la aventó al arroyo y le gritó que las pistolas eran para los mariquitas que no saben pelear. Lo humilló al güey, y en ese momento supe que yo quería ser como él.

Entonces la gente del barrio se le empezó a juntar para aprender lo que él ya sabía desde la India y comenzó a enseñarnos cómo imponer el espíritu al cuerpo. Y de pronto se nos vino la idea: pos podemos ganar feria de esto. En aquellos entonces no había internet para que la gente se viniera a tomar clases, era algo más de boca en boca. Pero pos el metro, varios del barrio vendían cosas en

el metro y fue la oportunidad perfecta. Si la gente le paga a un ciego que canta, imagínate por ver algo así, por un pedacito de la magia hindú entre San Cosme y Tacuba, y de allí hasta Cuatro Caminos.

La gente del metro es bien brava y pos Mundo no era dejado, así que con el tiempo nos impusimos. Yo creo que en los buenos tiempos hasta la ley nos llegó a tener respeto.

¿A qué te refieres?

Pues sí, nadie se metía con Mundo. Él negoció con la gente indicada para que pudiéramos trabajar en el metro sin problema. Y llegó el momento en que logramos sacar a la gente mala del barrio y la policía dejó de joder. Fue una buena época, que dio paso a que yo me convirtiera en un artista. Para mi mamá también fue bueno, llegaron puras cosas buenas, hasta que se fue... y cómo se fue... eso fue un problema...

IX

Poco nos importaba la historia del mentado Alberto más allá de lo que se asociara con el desaparecido Emilio Quijano.

De aquella entrevista, nunca sabré el sinfín de bombas que explotaron en Abel. Muchas pasaron desapercibidas a mis capacidades analíticas. Nunca me enteraré de la amalgama de emociones que lo invadieron producto de aquella charla con Alberto. Me queda claro que eso es poco probable, pues Abel es demasiado cuadrado para permitirse admitir que eso lo afectó muchísimo. Pero a estas alturas sé leerlo bien y no hay hijo a quien el descubrimiento de la nueva vida de su padre pueda dejar indiferente.

En cada respuesta podía ver cómo la alegría de Abel se quebraba un poco, a veces escapaba un suspiro involuntariamente, otras alcanzaba a atraparlo, retenerlo, pero yo podía verlo, sentir ese pesar.

De cierta manera, ese faquir de piel quemada y aspecto rudo que nos recibía mientras le daba un trago a una Carta Blanca era un hermano para Abel. Indirectamente, pero compartían un padre y eso les daba esa calidad de hermanos involuntarios.

Sabíamos desde el principio que Emilio Quijano se había perdido. Damos por sentado que debido a su condición (ya que, ¿por qué dejar todo? Familia, carrera, proyectos... ¿para dedicarse a la mendicidad e ir construyendo de cero una profesión como faquir urbano en el transporte colectivo?). Dimos con el lugar donde orbitó por años alrededor de nuevas personas creando lazos familiares, en conjunto, haciendo una vida completamente distinta a la anterior... En esto consistía nuestra investigación hasta este momento. Sólo eso, y la angustia emocional de Abel era cada vez más notoria.

Normalmente este abandono sería una causal de odio de un hijo hacia su padre, pero en esta situación el desprecio no cabía. Estamos hablando de un hombre enfermo. Esta imposibilidad, aun así, no impedía que Abel tuviera dentro de sí una mezcla indescriptible de emociones de toda naturaleza. La situación era por lo menos trágica, pero dentro de aquella había un elemento casi mágico. ¿No debería ser liberador tener esa habilidad para comenzar de nuevo?

En aquel verano en los noventas, Emilio Quijano se transformó en Raymundo Huerta, con constancia y esfuerzo se integró entre los colonos de la San Felipe e instauró una dinastía de artistas urbanos que, al menos aparentemente, cumplían con cierto trasfondo espiritual de un supuesto pasado en la India que nunca pasó.

Un pensamiento filosófico inunda mi mente cuando pienso en este caso. Aplicado a su realidad inmediata, cualquiera descalificaría esto, diría que fueron engañados, pero, ¿no fue real todo aquello?, ¿las enseñanzas «del sabio Amahab» no eran válidas, aun y cuando provinieran de un personaje de ficción que todos en dicho ambiente creían tan real como tú o como yo? La inexistencia de aquel sabio parecía irrelevante, pues su mensaje daba sentido, pertenencia e incluso empleo a aquellos que lo aprendieron del intermediario que lo había inventado.

Supimos, además, que Emilio, en su faceta de Raymundo, trajo consigo una época de cierta prosperidad, pero que se fue en circunstancias que incomodaban a Alberto, al punto de guardarse la anécdota, no sin cierto dolor evidente. Era necesario averiguarlo. No obstante, el sentido de la entrevista giró en torno al devenir diario de estos artistas urbanos, de sus enfrentamientos contra granaderos, su opinión sobre el gobierno, los vínculos de hermandad tan profundos y a la vez tan frágiles, acorde a como

convengan las circunstancias... Era necesario encontrar la verdad de Emilio y en el presente ya no estaba. Al menos no en la cama de vidrios y clavos, ni entre los vagones del sistema Metro.

Por ende, decidimos agendar una nueva sesión, específicamente sobre el sabio Amahab y sus enseñanzas. Descubrimos (no sin cierto asombro), menciones que del citado asceta aparecían cuando se le buscaba en Google. La mentira, como muchas veces pasa, se sumergía en el mundo de lo real.

Y nosotros, que sabíamos la naturaleza ficticia de aquel maestro en las artes espirituales y en la mitigación del dolor, ya no podíamos retractarnos. Sería un acto del más supremo egoísmo, porque aquel dolor, aquellos vidrios enterrados en la piel no tendrían sentido. El sacrificio para aquellos hombres sería en vano. Aquella vestidura espiritual brindada por Emilio sería arrancada y la desnudez de la farsa sería absoluta.

Había que seguir indagando, a ver qué más encontrábamos.

X

Fragmento de la transcripción de la segunda entrevista realizada a Alberto «El Betillo» Balderrama en relación con el paradero de Emilio Quijano, al que el entrevistado conociera como Raymundo Huerta. Sólo la parte concerniente a Emilio Quijano, alias Raymundo Huerta.

Dices que las enseñanzas espirituales que te mostró tu maestro, el Sr. Raymundo, derivan de su historia de vida. ¿Podrías contarnos un poco de eso?

El viejo me contó que su papá fue un buen comerciante allá en la India. Les iba bien, pero luego se enfermó y ya no les fue tan chido y cayeron en la pobreza y luego quedó huérfano. Entonces fue rescatado por Amahab, quien les enseñaba a los niños el arte de los ascetas. No está fácil, implica mucha disciplina, convicción y algo espiritual. Por eso hay que empezar chamaco en esto. Porque mientras más chico, mayor es el aura de uno y esa aura se puede perder si no se le cuida.

Por eso acá se empieza desde chavito. Aquí agarramos niños desde los siete u ocho años, cuando el aura aún está bien concentrada, porque al crecer la puedes perder. La vida es bien perra y te la arrebata si no tienes la disciplina y la preparación para hacerle frente, tirarle putazos pues.

¿Dirías entonces que este hombre fue como tu padre?

Pues... es más un maestro... y sí, mucho tiempo estuvo con mi mamá y yo creí que todo bien, pero no...

¿Por qué no? ¿Qué pasó?

El tipo no era lo que creíamos, a mi madre le dolió mucho saber que todo fue mentira. Él nos engañó, ¿sí sabes? Nos hizo creer que era una persona y en realidad resultó ser una muy distinta, el hijo de su puta madre. El muy puto...

XI

Escuchar cosas inesperadas sobre alguien que crees conocer siempre es un fuerte golpe. Más si esta persona tiene un vínculo tan infranqueable como el paterno. La entrevista con Alberto detonó inesperadas emociones en Abel. Tan inesperadas como las anécdotas e información que Alberto nos proporcionó.

Descubrimos cómo poco a poco Raymundo fue convirtiéndose en alguien más. ¿Qué había sucedido? Algo le molestaba de sobremanera al Betillo. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Acaso Emilio Quijano, ahora Raymundo Huerta, transmutó a una nueva vida? Esta posibilidad siempre estuvo como algo probable, desde el primer día, pues es inherente a su rara enfermedad. Enfermedad de la que El Betillo no tenía ningún conocimiento.

La nueva sesión sería importantísima, absolutamente necesaria para identificar hacia dónde ir, puntos de búsqueda... Pero no sabíamos que la tragedia lo impediría.

Esa noche sonó el teléfono al menos cuatro veces antes de que tomara la llamada de Alonso. No imagino lo que Abel debió pensar al escuchar mis respuestas en el teléfono... No puedo imaginarlo:

—Sí, lo vamos a entrevistar mañana...

—¿Cómo? ¿Estás seguro...?

—Pero, ¿qué pasó...?

—Entiendo, vamos para allá.

Y luego pensar que mi manera de transmitírselo a Abel pudo ser más delicada, no tan cruda. Pero nunca fui buena para decidir qué hacer bajo situaciones incómodas:

—Abel, tu hermano.

—No es mi hermano.

—Está muerto...

XII

Fragmento de la transcripción no editada de la entrevista a Armandina «Tina» Gálvez Mendiola, madre del finado Alberto «El Betillo» Balderrama Gálvez, en lo concerniente a Emilio Quijano, alias Raymundo Huerta.

Antes que nada, quiero decirle que lamento profundamente lo que sucedió, espero que pronto las autoridades puedan dar con la verdad.

¡Ay, mijito! «Las autoridades»... Si ellos me lo mataron.

¿Usted no cree en la pista de un enfrentamiento con una pandilla rival cercana a los paraderos?

No. (El llanto hace ininteligibles las palabras, imposibilitando ser transcritas).

¿Qué cree usted que pasó?

La policía.... ¡El puto gobierno me lo mató! Nosotros los incomodamos, nuestra presencia así es, les recuerda que como patria nos traicionaron, pero mi niño era un ser de luz... No siempre lo supe, pero Mundo me lo demostró... ¡Mi muchachito!

Sin duda lo era, pero ¿cómo se lo demostró?

Él desde niño le pudo seguir el paso. Siendo un chiquillo le pudo aprender a la onda esa mística. Yo al principio no lo creía, me decía el padre Toño que esas cosas eran hasta pecado, pero luego vi que no, que el espíritu propio no tiene que estar peleado con Dios. Eso nos lo enseñó Raymundo, por eso el padre Toño nunca se llevó con él, porque sus cosas hicieron lo que la iglesia nunca pudo: cambiar al barrio por completo.

¿Le importaría contarnos esa anécdota?

El padre Toño siempre fue el encargado de la parroquia. Gran adepto a san Juditas, es un buen hombre, pero siempre le tuvo celitos a Mundo. Imagínense, aún me acuerdo, muy al principio, cuando Mundo aún estaba vagando medio sonso por la golpiza que le pusieron los vagos aquellos... Aquél se apareció haciendo su acto de faquir a las afueras del templo. Le juro que todas las presentes notamos cómo se le marcaron las venas al padrecito. ¡Uff! Lo corrió hecho una furia, pero en eso: «¡Ay, pobrecito!» «¡Inocente, está loquito!» «¿No es como Jesús en el templo de los fariseos?» «¿De qué hablas, hijo? Jesús no perdonaba a quienes lucraban, que querían sacar provecho económico de la fe». «Pero, padre... este hombre no pidió un peso». «¡Sí!, no pidió nada».

Y que Raymundo se presenta como un místico que creció en la India y luego supimos que ya había estado en México en una vida pasada, en Chapultepec para ser exactos, en el cuerpo de una ardilla. No es de extrañar, el Mundo siempre fue de barrio... El padre, furioso, lo quería correr, pero lo empujaba y aquel con el impulso del padre, se dejaba caer más fuerte en la cama de clavos y todos quedamos embobados por la escena. Y hubo quien la creyó cosa divina: «Pero, padre, ¿qué no son misteriosos los caminos del Señor?» «Hijo, ¿pero este vago qué va...?» «Pero, padre, ¿no es la oveja descarriada la que más le importa...?» El padre se tragó sus palabras, pero yo clarito lo noté. Aquí comenzaba una guerra.

¿Y luego qué pasó?

En aquellos entonces, había un parque, el España, estaba todo abandonado... Pos nada que el Raymundo se pone a darle clases a los chamacos y pos empezó a hacer shows. Entonces Rudy «El Tartamudo», que estaba en el negocio de los ambulantes del metro, le empezó a decir:

—Jálate, está bueno el bísnes. Yo te coloco con la gente del metro, los que controlan los ambulantes y pos tú te mochás con el 20 %. Es un ganar, ganar...

Y las monedas comenzaron a caer y uno que otro billete se asomaba... pero el barrio se empezó a interesar, como una comunidad. Y el parque fue como el centro de todo. A mi Betito (comienza a llorar) lo molestaban en la escuela, pero se le comenzó a acercar a Mundo mientras aquel se ponía a meditar enseguida de la lila... una lila grandota que está en el parque. Y pos lo empezó a traer a la casa a que comiera o usara el baño. Y como las calificaciones del niño comenzaron a subir, yo nunca tuve problema. Luego me empezó a ayudar con cosas de la casa y luego con quehaceres propios... Más, más íntimos (se ríe ligeramente). Hasta que le dije: «Ya, Mundo, quédate a vivir con nosotros, yo te hago de comer para que los vecinos no te lleven comida al parque a cambio de que des clases de meditación y todo eso».

Mientras tanto, el parque seguía arreglándose como por arte de magia. Todos en el barrio estábamos contentos porque los niños comenzaban a hacer deportes y se estaban quietos. Raymundo les contaba sobre su niñez en la India, sobre Vishnu y otros dioses de allá. Y los muchachos, lo que nunca, hicieron un mural que sigue en el parque. Eso llenó de rabia al padre Toño, quien dedicó un sermón en misa para advertirnos a todos que Raymundo estaba metiendo demonios a la chaviza. Te diré algo que pensaba entonces, pero no me atreví a decir: Raymundo conseguía dinero para los chavos que terminaba en sus respectivas casas, el padre Toño, entre ofrenda y diezmos, nos lo quitaba...

La idea del Tartamudo fue todo un éxito. Fácilmente una docena de chavos y no tan chavos comenzaron a trabajar en el metro con el Mundo. Y pos enseñaban sus ondas místicas en el

parque España. Yo ni me perturbaba. «A mí me vale madres lo que hagas, mientras no le hagas mamadas al niño ni me pongas los cuernos, todo bien, ¿okey? Igual y tú dale con lo del karma y no me haces lo que no quieras que te hagan, eso me dijiste que era ¿no?». Y bajo esa condición todo jaló muy bien.

Pero el padre Toño estaba celoso. Así que el padrecito hizo lo que se esperaba: le llamó al arzobispo y éste a la delegación. La policía nos cayó a todos con fuerza, dizque por la falta de los permisos. Más tarde supimos que ni permisos se requerían. Pero así es esto, quien tiene el poder puede chingar al que no lo tiene, esa es la verdad.

Así mataron el parque, que a los seis meses otra vez estaba en el más completo de los abandonos. Pero el Vishnu y el Ganesha del mural quedaron intactos. Una mañana apareció la pinta de «prra polisía» en la pared de la iglesia. El Padre Toño estaba como loco. Y empezó a decir que fue mijo porque andaba mucho tiempo con Raymundo. Siempre insistió con que por qué a los monos orientales de la religión falsa no les hicieron nada y a la iglesia sí. Y nos cayó un citatorio de la Procuraduría, pero de allí no pasó, porque no había nada.

Y las redadas comenzaron a ser más comunes. Los policías empezaron a hacerle más revisiones a Mundo y a los muchachos. Y a veces les sacaban cosas que no traían y les decían: «Tú se la chingaste a doña Meche, te va a poner la denuncia», hasta que la propia Meche decía: «No, no creo que me hayan robado los muchachos, y si así fuera, no hay pedo, los perdono, son buenos chavos». Porque en el fondo sabíamos que los malos eran los que deberían cuidarnos. Se las gastaban de ese modo y de repente los perseguían y sus buenas madrizas que les llegaron a poner. Pero Mundo siempre decía que sólo la paz puede vencer a la violencia y eso es cierto.

A Raymundo y a Beto los persiguieron hasta la estación Tacuba un día. Pero entonces, a los gendarmes les cayó la vendimia encima. ¡Imagínese, mijo! Los policías sitiados por vendedores, a uno hasta lo descalabraron con una lata de atún. ¡Nombre! ¡Toda una pinche arma mortal!

Luego se quejaron en la delegación, pero las altas esferas del metro estaban bien metidas y la cabeza descalabrada de un tira no valía sacrificar su parte. Entonces: «¡Nel! ¡Ni madre, que se aguante y que se sobe la choya!» Yo nunca vi a Magnum o a Robocop chillando por una lata de atún. Era raro... arriba, ellos con sus pistolas y placas podían hacer lo que quisieran, pero bajo tierra, en el metro, no podían tocarlos, no era su mundo.

Si dudábamos de que la iglesia estuviera metida en esto, luego ya no quedó duda. Los sermones del padre Toño comenzaron a dar miedo. Hablaba de que Dios nos veía desde el cielo y que bajo tierra era terreno de los diablos. Por eso ni la policía podía hacer nada y asustaba a los niños, diciendo que los faquires aguantaban el dolor porque el diablo en persona les inyectaba fuerzas demoniacas cada vez que bajaban al subsuelo. Por eso, al tercer vagón de la línea azul se le conoce como «el vagón del diablo», aunque ahora los chavos de la secundaria lo utilicen para espantar a las muchachas y cachondearlas después. Pero nunca se ha subido el diablo al metro, a estas alturas, siento que está más cerca del padre Toño y su iglesia que del metro mismo. ¿Tú crees? ¡Ja!, el mismísimo Satanás pagando su boleto de tres pesos.

¿Qué pasó después?

Pues lo lógico, la policía entregada a chingar a Raymundo y a los chavos, el padre Toño desvivido en demostrarle al mundo que aquellos eran agentes del diablo... Y pos nada, que los verdaderos

malandros comenzaron a salir, ya sin vergüenza ni preocupaciones. Y pos la policía entera entretenida en ver qué onda con Raymundo y aquellos robando y cosas peores sin nadie que se interpusiera. Y el padre negado a los verdaderos diablos. Los pinches ahí estaban, mijo, pero el otro ahuevado con sus ideas ahí les dejó el rebaño, así en charolita, para que se lo sirvieran con todo y papas. ¡Puf!

Entonces se vino una época bien dura. La San Felipe se volvió una zona de guerra. ¡De todos contra todos! Los delincuentes y las pandillas del barrio de enseguida se empezaron a cruzar, al cabo que aquí la gente ya se había calmado. Y se había calmado por el Mundo, que nos enseñó a estar en paz, pero con la policía aferrada a estar chingue y chingue, pos los otros se daban vuelo. Al cabo que los azules estaban ocupados fregando a todos menos a los delincuentes. El hartazgo seguía y seguía, y el Raymundo se iba a meditar, pero decía que no obtenía respuestas. Y llorando aquí en estas rodillas me dijo que no sabía qué hacer, ya no había furia, pero tampoco serenidad, sólo estaba frustrado. Y así hubiera seguido, pero algún idiota le puso bigotes a Ganesha.

Y una mañana el rostro de elefante que estaba en el mural amaneció con un bigote negro que alguien le puso con aerosol. Y el Mundo se fue al metro y el muy cabrón no regresó en tres días. Hasta el domingo que se metió a la misa y el padre Toño se puso loco. Le dijo que se retirara por respeto, pero todos nos comenzamos a salir del templo para ver a Mundo. Ya no era ningún secreto que todos lo apoyábamos.

¡Nombre! Pos que comenzamos una sesión de meditación, así como en la India y ¡pum! Que nos llegan los azules, la farola (imita una sirena policial), aventando gases y todo. Y el padre Toño desde el umbral de la iglesia, condenándonos a todos por herejes y

la golpiza que los tiras le pegaban a Raymundo. ¡Se turnaban, mijo! Pero aquel, entrenado en cuerpo y espíritu allá en Oriente, ¡se la pellizcaron! No se quejaba, ni hacía el más mínimo pujido y eso los encabronaba más.

Luego el padre comienza a gritar que lo linchen. Ya se veía endemoniado, mijo, y los tiras haciéndole caso. ¡Tuve miedo, mijo, mucho miedo! Dije: ¡me lo van a matar! Pero que empiezan a sonar todos los radios y a llegar más patrullas. ¡Y detrás nuestro, una bola de reporteros! Televisa, Azteca, todos estaban, hasta el helicóptero pasaba.

¿Pos qué creen? Que Mundo fue a pedir ayuda a los del metro. Y pos hasta el director llegó y éste intervino y fueron por los reporteros y todo. El Raymundo se les adelantó, el muy cabrón apostó y ganó. Nunca te metas con la lana, que los bolsillos siempre van a mover a cualquiera.

Creo que fue gente a parar al bote y el arzobispo intervino y se disculpó en la tele.

Entonces ganaron. Pero, ¿qué pasó con Raymundo?

¡Ay! Pos los tiras me lo desgraciaron. Yo pienso que le pegaron demasiado en los huevos, porque a los días se empezó a poner mi maquillaje y me decía que le dijera Elizelda. ¡Muy raro de veras! Y ya no me hacía nada en la cama. Y pos yo dejé de querer que se juntara con Betito. ¡Mi niño! (Comienza a llorar nuevamente).

Pero sí, que no se le acercara mucho, porque empezó con esas ondas. Les juro que era como si de pronto fuera otra persona. Pintado y vestido de mujer, poco a poco ya no era Raymundo sino la mentada Elizelda. Ya no hablaba de Vishnu y de Ganesha sino de otros, de este lado, aztecas creo...

Hasta que un día se fue. Me dijo Carmen, la estilista de aquí a la vuelta, que la santera del tianguis de La Raza le dijo que se fue a Cocatema, allá en Veracruz. Se fue a hacer cosas de brujas. Quizás el padrecito Toño tenía razón. A lo mejor entre los madrazos en los huevos y tanto espíritu y demonio se me volvió loco.

XIII

Esta nueva mutación de personalidad de Emilio generó gran desasosiego en Abel. No sabía si esta nueva faceta de su padre, travestista, quizás incluso homosexual, era alguna variación obvia de su enfermedad o alguna otra cosa. Si bien la transformación de Emilio a Mundo fue difícil de digerir, esta nueva a Elizelda lo llevaba a un punto no sólo más lejano, también más oscuro.

Abel se encerró unos días en sí mismo. No tenía manera de traspasar la carcasa que se había creado alrededor. Sólo me quedaba hacer lo mejor por el trabajo y, sobre todo, por él: incitarlo y acompañarlo a continuar con la investigación. Las verdades, por muy oscuras que sean, siempre serán mejor que la incertidumbre de lo que puede ser.

Corroboramos todo. Revisé las grabaciones de hace más de una década que guardaban los canales de televisión, dimos con el padrecito Toño, los archivos policiales. ¡Todo era real! ¡Coincidió! Abel buscó por todos los mercados, tianguis de la zona, yéndose a meter hasta el Chopo. Pero nunca encontró a la santera. Habían pasado quince años.

Pero teníamos algo, una buena pista. Existe toda una referencia mítica de una tal Elizelda «La Virginal» en Cocatema, Veracruz, una comunidad famosa por sus brujos folclóricos. La aparición de dicha santera, la edad y el nombre elegido por Emilio coincidían. Todo encajaba con nuestra línea del tiempo.

XIV

Viajar a Cocatema fue tortuoso. Abel, inmerso en sus pensamientos, marcó una distancia emocional para conmigo y con el mundo a su alrededor. Releía constantemente las entrevistas realizadas en la Ciudad de México, quizá tratando de entender aquello que se escapaba de la realidad. La realidad como él la entendía.

Cuando intenté forzarlo a hablar del tema, tuve que hacer énfasis en que estaba motivada por mi preocupación por él, por su estado emocional y mental, y no por morbo o alguna otra razón de naturaleza curiosa. Fue así y sólo de esta forma que pude obtener algo de información de él.

El hombre se encontraba desconcertado. Durante gran parte de su vida se cuestionó, sin encontrar respuesta, el paradero de su padre. Ahora había encontrado el camino de este hombre, pero no era este hombre en sí el del camino descubierto, sino otro: Raymundo.

Durante años generó en su cabeza posibles realidades del paradero de su padre, que iban desde las obvias (en donde se encontraba la teoría de una segunda familia), hasta las fatídicas, en las que lo imaginaba muerto.

Descubrir que su padre había cumplido con una de las opciones más obvias lo habría decepcionado, es cierto (en sus recuerdos su padre le parecía admirable), pero esta peculiar manera en que el hombre poseyó temporalmente una segunda familia lo desconcertaba profundamente. Sabía que Raymundo era su padre y que adquirió este nuevo nombre, pero seguía siendo la misma persona... ¿o no?

Esto era lo que lo tenía inmerso en las entrevistas a la segunda

familia de aquel hombre: no podía encontrar a su padre. Emilio no estaba allí, sólo Raymundo. ¿Era así de grave la enfermedad de su padre? ¿Se había borrado todo vestigio de Emilio de su cuerpo? De ser todo esto cierto, Emilio, su padre, habría muerto y su cadáver estaba en renta a nuevos inquilinos. Estábamos, en realidad, en búsqueda del cascarón maltrecho que abandonó su padre, tal vez para siempre.

Buscar a Emilio quizás, en las reflexiones de Abel, ya era inútil. Incluso buscar a Mundo también lo era. Lo que quedaba por hacer era viajar a Cocatema, encontrar a Elizelda o a quien carajos estuviera rentando el cuerpo de su padre, y ver, sólo ver, si algo de Emilio Quijano aún vivía allí.

XV

Los milagros de Elizelda «La Virginal»

Grupo Editorial Centuria

Cocatema, a 19 de julio del 20 __

Existe en provincia un pequeño pueblito tropical llamado Cocatema. Célebre por sus platillos realizados a base de mango y por albergar a múltiples brujas y chamanes, relativamente nuevos, que le rinden culto a una figura célebre que apareció y desapareció misteriosamente: la llamada Elizelda «La Virginal».

En dicho municipio, los casi tres mil habitantes que registra el último censo del INEGI han escuchado acerca de la mística Elizelda. No obstante su popularidad, la leyenda es algo difusa y suele variar en aspectos que van desde simples detalles, hasta prácticamente el tronco focal de la historia: como hay quienes dicen que era un hombre travestido, hay quienes afirman que era la mismísima Salma Hayek en persona.

Un equipo de Centuria acudió al lugar, donde se venera a la misteriosa hechicera, quien cuenta con su propio museo. En los últimos años desempeña una función de figura de empoderamiento para activistas del respeto a la comunidad LGBTTTIQ, por tratarse de un símbolo contracultural, hostigado por el régimen hace algunos pocos años.

Si bien nos entrevistamos con trabajadores del museo, activistas proderechos LGBTTTIQ y autoridades municipales de la entidad, todos nos remiten al profesor Saúl Beltrán, cronista de la ciudad y encargado del archivo histórico de la misma. Beltrán otorgó a la editorial fragmentos de su próximo libro *Los milagros de Elizelda «La Ungida» (Relación de crónicas de 199_ - 20__ en Cocatema)*. La obra será publicada por la universidad autónoma de dicha

entidad y distribuida por grupo Centuria.

En nuestra editorial *Letras al aire*, estaremos compartiendo aquellos fragmentos sobre sus hazañas más relevantes y aquellas que nos pueden ayudar a dar con la carne y el hueso detrás del manto legendario de semejante personaje.

En los siguientes números estaremos compartiendo, como seguimiento de este caso, fragmentos de las crónicas de dicho libro, *Los milagros de Elizelda «La Ungida»*. Comenzando en este ejemplar y por los siguientes números nos sumergiremos en esta tan particular historia.

Empezaremos, pues, con un fragmento de la crónica (denominada al igual que el resto de ellas como «milagros» por el autor del libro), titulada: «Primer avistamiento y milagro etílico», no sin antes compartir un fragmento de la introducción que el autor nos da a la cultura de Cocatema, necesaria para entender cómo se pudo dar dicho fenómeno de tan peculiar historia.

LOS MILAGROS DE ELIZELDA «LA UNGIDA» (RELACIÓN DE CRÓNICAS DE 199_ - 20_ EN COCATEMA)

INTRODUCCIÓN (Fragmento)

La población en este lugar está fuertemente ligada a creencias que devienen de esa amalgama tan particular entre lo indígena (representado por los dioses prehispánicos) y lo cristiano (impuesto por los colonizadores españoles). Ese fenómeno, donde el ídolo prehispánico se esconde a simple vista en la imagen del santo cristiano, se da en todo México. Hay un sinfín de intelectuales que se han enfocado a ese análisis (el propio Octavio Paz, por citar un ejemplo).

En Cocatema es aún más complicado. Es un lugar donde la santería se incorpora al día a día, con una población creyente de manera firme en santos no reconocidos por la propia institución eclesial, abrazando la población esa dualidad de manera abierta. No se cierra en lo inconsciente como el mexicano de ciudad. En esta provincia se entiende el mestizaje como en ninguna otra y ese mestizaje no se circunscribe a la piel y a la sangre, sino que trasciende hacia la fe y al espíritu.

Por ende, el lector deberá advertir que cuando apareció Elizelda, un evidente hombre, pero ataviado de una forma extraordinaria como una mujer, propugnando ser una enviada de la Diosa Tonatzin y la Virgen María, pues en esencia se reconocían como la misma, pero intercambiando rostros durante la noche y el día, a la gente no le pareció una idea descabellada.

Que fuera ungida en persona por la Virgen María y estuviera en complicidad con Ixchel «la del conejo lunar», sería puesto en duda por los habitantes. Pero no en la verosimilitud de la idea, sino en que la bruja dijera la verdad. Así lo evidencian los distintos testimonios recopilados por el *vox populi* que se anexan a estas crónicas, pues prensa y radio de aquellos entonces refirieron el inusual suceso de su ascenso en dicha comunidad.

I

PRIMER AVISTAMIENTO Y EL MILAGRO ETÍLICO

Fue en febrero de 199_ cuando llegó a Cocatema Elizelda «La Ungida», y en la plaza principal, de frente tanto al Palacio Municipal como a la pequeña catedral, se hizo conocer sin necesidad de un megáfono, propugnando que en sueños la Virgen María en persona bajó a ungirla.

Del expediente policial se desprende un acta en la cual consta el arresto de Elizelda «La Ungida» por faltas a la moral y a las buenas costumbres, agravada por el escándalo, pues se le acusó de nudismo sin más testigos que empleados municipales.

Sin embargo, días después, la voz popular radicada en testimonios perfectamente comprobables de los comerciantes en la plaza principal referiría que cada fin de semana amanecían borrachos enseñando sus innobles partes en la plaza o en las afueras de alguna cantina, siendo algo irrelevante para el Ayuntamiento. Pero la recién llegada había cruzado los límites de la desnudez a aspectos que van más allá de los genitales y eso, al poder en turno, que aunque pequeño era absoluto, le escandalizaba hasta la médula.

Cabe resaltar que en ese momento el arresto hecho a Elizelda, aparentemente con pruebas diseñadas a manera de montaje, sólo contribuyó a su popularidad. No hay que dejar fuera en este punto que la mala fama de las autoridades en casos como este genera en el colectivo social sentimientos de empatía hacia los victimados. Este fenómeno mostró a Elizelda como una mártir social, lo cual, gracias a la asociación de la figura del mártir y de la persecución, la dotó de credibilidad ante los ojos de la comunidad.

A partir de los testimonios recabados por una investigación posterior, se desprende que fue el entonces presidente municipal, Lic. César Garfio, quien ordenó que se detuviera a aquella intrusa, sin sospechar de los alcances mágicos propios de la misma. Y así, públicamente fue arrestada, declamando su poder con una próxima ofrenda ética para «aquellos cuyos corazones no se niegan a creer...». Así quedó constado, tanto en testimonios como en actas policiales.

Respecto a los documentos de la comandancia de Cocatema, se observa que Elizelda no usaba peluca alguna,

sino el cabello largo. Toda la ropa era genuinamente femenina y poseía algunos tatuajes que por fotografías representan esquemas barriales propios de la urbe capitalina (incluyendo el escudo del Club de Fútbol América) y otros tantos asociados con la cultura brahmánica hindú, sin poder proceder a mayor identificación.

¿Quién era este hombre que se hacía llamar la enviada de la Virgen y la Diosa madre azteca? El misterio de este lugar, nuestro Cocatema, aún no vislumbraba el mágico porvenir que a galope se acercaba.

Es aquí, en el segundo día de su detención, donde se debe registrar el llamado «Milagro ético», como lo nombró el periódico popular de Cocatema: un camión de la cervecera Cuauhtémoc-Moctezuma, que pasaba por aquella vereda que da en una empinada cuesta al pueblo, accidentalmente se volcó de la manera más escandalosa, dejando caer verdaderos manantiales de cerveza de barril que rodaron por toda la avenida principal. Puedo asegurar que nadie en la localidad había visto esos volúmenes de alcohol al mismo tiempo. ¿Estaba Cocatema ante un verdadero acto de magia o una casualidad demasiado imprudente?

Los documentos proporcionados por la empresa cervecera (a quien agradezco su cordialidad y apoyo en facilitar la información para esta crónica), establecen que Marco Herrera, el empleado accidentado que iba al volante en solitario durante aquel memorable día, resultó sin lesiones y las pérdidas únicamente fueron materiales, si es que puede hablarse de «pérdidas», dado que estuve ahí en aquel día y puedo asegurar que no se desperdició una sola gota de licor.

De todas formas, para tranquilidad del lector respecto al destino económico del desafortunado trabajador, los registros evidencian que toda la merma fue cubierta por el seguro de la

compañía y él continuó laborando con tranquilidad hasta que presentó, ocho años después, su renuncia voluntaria por «así convenir a sus intereses».

¿Podrá imaginar el lector el alba de aquel día? El asombro de los habitantes, al escuchar un estruendo y golpeteo afuera, seguido de la estampida de gallinas que corrían espantadas y que al salir de sus casas descubrieran barriles enteros de cerveza rodando por las calles. Barriles llegando a la puerta de los hogares, uno siendo atrapado por un árbol o una banca de la plaza, otro chocando contra algún automóvil viejo. Incluso se sabe que uno terminó adentro de un banco, que la gerente aún hoy en día lo conserva en calidad de amuleto.

Ese día se suspendieron labores, los niños fueron regresados de las escuelas, el pueblo entero se encontraba de fiesta. Acorde a los registros, Elizelda fue liberada por cumplir con la sanción administrativa y no contar con mayores cargos, pese al desagrado del alcalde.

No hubo gendarme que se arriesgara a una represalia mágica. A la fecha, el museo Casa de la Ungida guarda muchos de estos barriles sobre los cuales los habitantes escribieron ruegos a Elizelda, buscando su intercesión para amenguar dolores, invocar la calma del mar, atraer amores, recuperar lo perdido y resucitar a los muertos.

La fiesta duró día y medio, después Elizelda tomó posesión de una pequeña casa que le prestó don Adrián, célebre burgués de la localidad, que firme creyente a lo que veía, decidió invertir en una buena relación con los sectores de las artes ocultas. De ahí en adelante, los habitantes acudieron con toda cotidianidad a buscar arreglos milagrosos valiéndose de las habilidades sobrenaturales de la hechicera.

Se popularizaron sus servicios, que iban desde una pócima contra el mal de amores a base de pétalos de rosa y Coca Cola, hasta verdaderos hechos extraordinarios que dejarán al lector divagando, meditabundo sobre la línea que separa la casualidad de la verdadera brujería. De esa selección de verdaderos milagros cocatemenses con las respectivas fuentes históricas que los sustentan, versa el presente libro.

Saúl Beltrán Ayala.

XVI

En retrospectiva, no puedo creer hasta dónde nos trajo la búsqueda de Emilio Quijano. Comenzó literalmente bajo tierra, luego pasamos a un barrio peligroso en la gran ciudad y, ahora, a kilómetros de nuestra zona de confort.

Habíamos atracado en una recóndita comunidad rural, casi olvidada dentro de provincia. Gracias a la posición que ambos ocupamos en Centuria, nos fue fácil convencer a la editorial de seguir hasta acá, incluso viaticados. Hemos viajado antes para conocer lugares igual de recónditos, plantas petroleras que sobresalen de las superficies acuáticas, la selva chiapaneca, comunidades olvidadas por Dios y asoladas por el narco.

Perdido en un tiempo intermitente entre el ahora y el ayer, Cocatema es un lugar que, pese a contar con electricidad, drenaje y demás servicios básicos, guarda costumbres que no parecen de esta época. Vi casas aún alumbradas en su interior con lámparas de aceite y fuera de las cuales hay un poste de alumbrado eléctrico. Sobre el pavimento igual transitan automóviles que carretas aradas por mulas o burros.

Es un pueblo donde la magia vive, porque sus habitantes deciden creerlo así e, irónicamente, aunque no como tal la de Elizelda, no puedo negar esa magia exclusiva que les funciona. Yo soy una mujer convencida del poder de la creencia.

El padre de Abel había dejado de ser él para dar paso a Raymundo Huerta, quien a su vez desapareció cediendo el escenario a Elizelda «La Ungida». ¿Cómo llegamos hasta allá? No deja de intrigarme cómo se suceden estos cambios. ¿Cuál es la historia detrás de esta nueva vida que estamos descubriendo?

Abel seguía tocado emocionalmente. Ya su papá los había

abandonado una vez (si bien involuntariamente) para convertirse en Raymundo Huerta y bajo esa vida formar otra familia. Al descubrir dicha vida, era innegable que había con Alberto, que en paz descansa, un conflicto fraternal que a Abel le costaba encausar en la realidad que intentaba entender. El sentimiento por el apenas difunto le resultaba desconcertante y difícil de asimilar.

Lo grave era que la situación escalaba. En este momento de la investigación, su padre se identificaba como mujer, traspasando todos los enfoques de género y de paso la percepción espiritual que pudiese guardar el seno familiar de Abel, quien, a pesar de no ser un fervoroso creyente, sí guardaba aún fragmentos de esa educación religiosa que le fue inculcada de niño.

Su padre se alejaba de él de nuevo, de maneras aún más complejas. Toda la vida sufrió el abandono físico y, para entenderlo, le pagaba al barquero con algo más que monedas de plata. Le daba en tributo otras pérdidas para entender la primera. Encontrar a Emilio, si podemos decir que seguía siendo Emilio, estaba alejando su figura de Abel, ahora en lo espiritual, en lo moral, en lo formativo.

Abel se encontraba en su propio viacrucis. Para encontrar el cadáver de su padre, tendría que caminar por este nuevo mundo neopagano que el propio hombre (mutado en bruja) le había impuesto. Abel tendría que navegar en los misterios de Elizelda, tratar de entender esta espiritualidad que le era ajena, incluso absurda al principio. Abel, sin embargo, comenzaba a abrirse. Trataba de creer, quizá sólo para entender a su padre en estado bruja; pero mutando él también, como los metales, en esta alquimia personal, diferente a las vidas alquímicas de Emilio Quijano, pero en la misma dirección.

XVII

Grupo Editorial Centuria

Transcripción de la investigación sobre LOS MILAGROS DE ELIZELDA «LA UNGIDA» (RELACIÓN DE CRÓNICAS DE 199_ - 20_ EN COCATEMA) (SEGUNDA PARTE)

II

EL MILAGRO DE DANIEL: EL BARRENDERO SOÑADOR

Entre los milagros que se le atribuyen a Elizelda «La Ungida» se encuentra el caso documentado de Daniel Alatorre, el niño de nueve años que simplemente, un día común, salió de las aulas, sin regresar a su hogar una vez que el último timbre anunció el final de la jornada. Los padres preocupados acudieron con las autoridades (versan como anexos a la presente investigación los documentos públicos y la alerta respectiva, dado que el joven no apareció en las subsiguientes horas).

Los padres fueron llevados por la comunidad de Cocatema ante los ojos de Elizelda, a fin de que aquella intercediera ante las mujeres divinas a favor del pequeño Daniel. Las autoridades se burlaron públicamente de esa petición de ayuda, pero, ya sea por casualidad o por destino, el niño amaneció junto al quiosco de la plaza, dormido en su uniforme escolar y, junto a él, una escoba.

La pesquisa sobre la desaparición del pequeño Daniel llevaba cerca de dos días, contados desde que los padres descubrieron su ausencia (ellos refirieron que ese plazo que pudiese parecer corto se sintió como la eternidad misma), y el pueblo, fiel testigo de la aparición del niño completamente intacto, vio en la escoba encontrada a su lado la prueba irrefutable de la mano de

Elizelda, al ser por antonomasia el instrumento de las brujas.

No hubo manera alguna de que se pudiese atribuir al Estado la localización del menor, puesto que se comprobó que los oficios de búsqueda nunca fueron enviados. Pasaron casi 48 horas de desaparición antes de que la autoridad policial se dignase dar parte a la coordinación interinstitucional.

Era la incómoda verdad, una observación al respecto por parte de la Comisión de Derechos Humanos, que acudió de visita al pueblo, se consolidó como una mancha más en una administración municipal que los años venideros terminarían de calificar como deplorable, sepultando la intención del alcalde Garfio de ascender en su carrera política en el futuro, como era su público deseo y cosa por todos sabida.

Por otra parte, el fervor a la extraña hechicera se extendía. Ya no sólo hacía llegar cerveza gratis y reparaba los corazones rotos, sino que ahora había superado al gobierno municipal en turno mediante el rescate de un niño perdido, expuesto sabe Dios a qué siniestros peligros existentes allá afuera.

Pero, ¿qué nos dice la Historia como disciplina sobre esta leyenda moderna de Cocatema? ¿El tiempo terminaría de esclarecer las fronteras entre lo mágico y lo lógico? Al menos en este caso, la barrera permanece difusa. Lo que sí es un hecho, es que cerca de siete años después se sabría cómo el joven Daniel apareció en el quiosco aquella mañana y su relación con la misteriosa escoba.

A partir del suceso, la familia Alatorre decidió bloquear cualquier acceso que permitiera a algún intruso profanar el hogar durante la noche y raptar nuevamente a Danielito. Fue así como clavaron tablas en las ventanas y agregaron cerraduras extras a la puerta. Por casi una década, ese hogar fue más propio de una familia transilvana que cocatemense. Los muebles no vieron un

solo rayo de sol en años.

Pero con la creciente juventud vienen los vicios como enemigos naturales del hombre, y Daniel, como muchos jóvenes en este país, aprendió a empinar el codo desde muy temprano. Fue así que su primera borrachera vino a aclarar el misterio cuando cayó desmayado de borracho y, bajo los influjos de Morfeo y Baco, se levantó cual Lázaro, escoba en mano, para ponerse a barrer con una inusitada energía.

Así, tras practicarle el respectivo examen médico, se dictaminó a Daniel Alatorre como sonámbulo (el primero en todo Cocatema). El porqué en sueños tiene una fijación por barrer los pisos con la intensidad de quien intentara barrer el Sahara permanece como un misterio. Lo cierto es que el gobierno municipal que siguió a aquella nefasta administración del alcalde Garfio decidió contratarlo, en calidad de proveedor externo, como barrendero de lugares públicos, siendo oficialmente la única persona que legalmente descansa trabajando.

Si bien se desprende de los concursos licitatorios que Daniel Alatorre ha tenido intentos de competencia por parte de diversas personas y empresas, es verdad que cobra una tercera parte de lo que un proveedor ordinario y, si bien la influencia de Morfeo puede en ocasiones evitar los mejores resultados en la limpieza de los pisos, es una cuestión cultural de donde vivimos el preferir lo barato a fin de cumplir el requisito, pues los requisitos siempre son muchos, pero recursos, nunca hay tantos.

Prof. Saúl Beltrán Ayala.

XVIII

Abel y yo acudimos al museo Casa de La Ungida, compuesto básicamente por una vivienda de dos pisos y pasillos circulares, propiedad de aquel municipio que originalmente tanto la odió. Y pensar que el sistema encontró la manera de utilizar a su enemiga pública para su propia conveniencia. «La Ungida», de travesti charlatán perseguida por las fuerzas municipales, transmutaba en una leyenda que podía sacarles algunos pesos a fieles creyentes y a turistas despistados.

Pero Emilio o Elizelda nunca gozaron de ese favor, no estuvieron allí para ver nacer su leyenda. Cuando la bruja se convirtió en el estandarte del pueblo, mi suegro ya se había marchado... Ahora debemos saber a dónde y, sobre todo, las circunstancias del abandono de Cocatema.

¿La que salió del pueblo fue Elizelda? ¿Quizás Emilio? ¿O alguien más?

Dentro de la peculiar galería hay toda clase de objetos: los barriles de cerveza repletos de oraciones y peticiones, la famosa escoba que acompañó al niño sonámbulo cuando lo encontraron en la plaza. Hay una campana de iglesia con la que —refieren— hizo despertar a las cosechas de los agricultores en un mal año a costa de dañarla permanentemente (a la fecha los habitantes que piden por el campo llevan sus rezos ante dicho instrumento, y se dice que quien escucha a lo lejos el sonar de la campana puede estar tranquilo, pues la misma ha aceptado la plegaria).

Sucesivamente, cada habitación de las muchas que estructuran esa casa constituye un capítulo del libro del profesor Beltrán en una armonía que, si bien puede pecar de humilde, no lo hace de imperfecta. Todo encaja con la precisión de un reloj

suizo. Una sincronía perfecta entre tres elementos hermanos: la leyenda de La Ungida que cualquier ciudadano de Cocatema conoce, en contraposición al libro de crónicas que Abel estudiaba obsesivamente y, por último, todos los objetos que con su pura existencia testificaban que aquel personaje andrógino y mágico había cambiado la vida del pueblo para siempre.

Así llegamos a la sala final de ese recorrido, encontrándonos de frente a un retrato de don Emilio, todo ataviado con sus ropas femeninas, expresando en su porte, en su mirada, una atmósfera de misticismo que lograba, aun en papel, inundar el lugar. A los lados, los distintos ropajes de todo tipo, desde bragas hasta vestidos que hacían las veces de túnicas. Todo aquello nos hizo pensar en lo inmenso de dicho guardarropa. Era demasiado para que todo hubiese sido abandonado. Es probable que a esas alturas de su existencia esos atavíos ya no le fueran útiles.

Una duda personal que no puedo resolver —y no me atreví a preguntar— nace de esta formación estructurada: ¿el profesor Beltrán estará consciente de que su obra fue utilizada para cimentar el ordenamiento de objetos y creencias en dicho museo? De ser así, ¿esto le resultará ofensivo o motivo de orgullo? Quizás hasta haya sido remunerado por esto. En nuestro país no es ajeno que historiadores e intelectuales sean recompensados con «apoyos económicos». Si bien esta reflexión es sólo especulación personal, supongo que al profesor le debe halagar el hecho de que su texto sea la biblia oficial de Elizelda.

Había pues que pasar a la última de las crónicas, que hablaba de la singular muerte de Elizelda «La Ungida», quien no se fue del plano terrenal como lo hacemos los mortales, sino que se transformó debido al contramaleficio que acaeció después del milagro de la familia Jiménez. Con ello podríamos vincular

este lugar con el próximo escenario en la búsqueda de Emilio Quijano y, de paso, cerrar este trabajo editorial sobre Elizelda, que nos dio tiempo y viáticos para la investigación fantasma que manteníamos viva.

XIX

Grupo Editorial Centuria

Transcripción de la investigación sobre: LOS MILAGROS DE ELIZELDA «LA UNGIDA» (RELACIÓN DE CRÓNICAS DE 199_ - 20_ EN COCATEMA) (TERCERA Y ÚLTIMA PARTE)

Anexo del contramaleficio sufrido por Elizelda, que está enumerado como uno de sus propios milagros, dado que el mismo relato del autor nos narra el milagro realizado por ella y que ocasionó la búsqueda de dicha vendetta. Así también por ser el que usa el profesor Beltrán para cerrar sus crónicas:

XXV

EL CONTRAMALEFICIO DE VÍCTOR JIMÉNEZ Y LA MUERTE DE «LA UNGIDA»

Todo milagro tiene un cierre glorioso que le pone fin, ese final, inapelable e intenso, afianza los hechos extraordinarios bajo la categoría de lo divino. Es así que despertar un milagro implica saber que el mismo (como todos nosotros) será finito, pero a la vez eterno, en la santidad que le acompaña y nutre la fe de los creyentes, tanto presentes como futuros.

Es así que la historia de la que siendo bruja para muchos, santa para otros, de nombre Elizelda, termina aquí, en el propio Cocatema que fuera testigo de sus grandes hazañas, todas dignas de Heracles o san Judas. Prepárese el lector para conocer la mística historia de cómo aquella terminó caída bajo el contramaleficio que le realizó don Esteban Jiménez en la más baja de las vendettas personales.

En aquel Cocatema aún lleno de prejuicios creció Víctor, el primogénito de don Esteban, que desde niño fue relegado por querer dejar de lado el fútbol para hacer pasteles con el lodo de las costas. Su madre, Armandina, tuvo a ponerse a llorar en el momento en que se supo: aquel les pidió a los Reyes Magos muñecas, en lugar de carritos, como era propio de los niños de su sexo.

Se sabe que al pequeño Víctor la llegada de Elizelda, que a todas luces era una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre, causó una revolución en su cabeza. ¡Por fin alguien con quién identificarse! Que ajeno a los ataques y golpes, podía emerger — aún y a pesar de todo el fango que la muchedumbre le arrojara—. Ataviada y milagrosa, completamente indiferente a la marabunta de susurros y ataques, siempre dispuesta a intervenir en favor de aquellas causas que demandaran el místico socorro del milagro a su alcance.

Fue así como un Víctor, que durante sus primeros años se guardó las ansias de buscar una guía de vida, ya adolescente, se tragó la vergüenza y se acercó a la santa. Entonces, tras una serie de lecciones, fue tomando valor para transmutar a la hoy famosa autora de recetarios y productora de segmentos culinarios televisivos: Victoria Jiménez. Mas sin desviarnos, que mucho se ha hablado de esta estrella de los medios y a nosotros nos importa la mística —injustamente menos famosa— y el devenir cósmico que le estaba sentenciado, continuemos con la cronología de esta historia.

Don Esteban, de naturaleza conservadora y quien, si bien no era rico, gozaba de comodidad económica gracias a su imprenta, destinó una amplia cantidad del dinero que tenía en buscar cómo desvanecer aquella magia negra que Elizelda había regado en el espíritu de su hijo «para volverlo maricón». Luego de

eso, ya despechada del desprecio familiar, ya perseguidora de los sueños de su infancia, aquel hijo, ahora emergida como Victoria, huyó a la capital a perseguir las metas que, el tiempo terminara por demostrar, fueron alcanzadas.

Mas ningún santero logró complacer los deseos de Esteban Jiménez y uno de aquellos le ofreció una opción siniestra: un contramaleficio. Si aquella había intercedido mágicamente para que la joven Victoria existiera dejando atrás a aquel varón, este sería su último milagro, cerrando para siempre el ciclo místico que por años marcara a nuestro Cocatema.

El precio, además de los 15 mil pesos en efectivo como anticipo, fue ofrecerle al «Santo Deceso» millares de tirajes con la plegaria que contenía la maldición. Cada par de ojos que leyera aquello sería una gota más que llenara aquel frasco de veneno espiritual.

Fue así que, al alba del 14 de mayo, circularon los macabros panfletos por todo Cocatema. De las periferias hasta la plaza, el pueblo entero se inundó de maldiciones reproducidas en un tiraje de 20 mil ejemplares. El contenido: la manda del contramaleficio y la entrega de don Estaban en cuerpo y espíritu al «Santo Deceso» con tal de vengar la que consideraba una afrenta contra su estirpe.

Ahora seguro te preguntas, querido lector, si funcionó aquella treta diabólica. Los registros hablan de que un día, la mística Elizelda, al tiempo y como por arte de magia, ya no vestía aquellos vestidos rústicamente confeccionados, sino pantalón vaquero y camisa de hombre. Luego dejó de maquillarse, dando origen a bello facial que comenzaba a crecer alrededor de aquellas mejillas que todos asociábamos a su feminidad innata. Aquella iba diluyéndose, dando paso a otra persona y esta era una forma diferente y mágica de fallecer.

La santa desapareció, en su lugar apareció Ezequiel Velázquez, quien no reconocía Cocatema como su casa. Y así, olvidado e ignorado, se marchó. Nadie le lloró, pues él era un cascarrón sin vida y la magia le había abandonado. De aquella santa que otrora habitara aquel caparazón de carne, ahora errante por los caminos, sólo quedaba el recuerdo. En la vida hay milagros y sus contrarios, en este caso, la historia se cierra con esta segunda clase de magia, dejando tras de sí la leyenda que vivirá en las plazas y callejones de este pueblo de provincia.

Prof. Saúl Beltrán Ayala.

XX

Con esas palabras terminaba el libro de crónicas de Saúl Beltrán que narraba las aventuras de Emilio Quijano en esta particular faceta de su existencia, arrojando nuevas pistas a nuestra cruzada personal y editorial.

Una vida más que nos esquivaba.

Noté en Abel frustración al salir de Cocatema. La mente nómada de su padre extendía la búsqueda, se marchaba del pueblo de la bruja, llevándose con ella el cuerpo de Emilio.

Abel era destrozado en espíritu cada vez que teníamos que reiniciar, no lo decía, pero su silencio ascético lo gritaba a mis ojos. Recordé en mi mente las fábulas griegas que venían en los libros de la primaria, una en particular, aquella de la liebre y la tortuga. Años después de la infancia me enteré que estaba basada en una paradoja matemática planteada por Zenón. En ella, la liebre jamás podrá alcanzar a la tortuga una vez que aquella le tome la delantera, porque correrá infinitamente en fracciones de la distancia entre ambos animales. Esa paradoja era la que veía en la frustrada mirada de Abel.

Nosotros éramos ese pequeño animal que pareciera correr inútilmente, intentando alcanzar a Emilio, al hombre que se fragmentaba en otros, que se reconstruía. Nosotros no perseguíamos sólo a una tortuga, perseguíamos un ciervo, a un águila que volaba lejos cada que creíamos estar cerca. Perseguíamos a un ente metamorfo y totalmente impredecible.

Ahora sabíamos que debíamos buscar a Ezequiel Velázquez, quien abandonó Cocatema. Los habitantes, sumergidos en el terror de la superstición, no se le acercaron ni en broma. Su huida fue silenciosa, sin bombo ni platillo.

Las líneas entre la magia y la realidad volvían a diluirse. Esa transición de Elizelda a Ezequiel bien podría obedecer a las mismas causas que afectaron el trance de Emilio a Raymundo, para luego dar nacimiento a la bruja de Cocatema. Pero para ellos era una cuestión contramilagrosa, era la mano macabra del ídolo propio al «Santo Deceso», el que vistió lo clínico con la faz de lo maldito.

Porque la magia no existe... ¿o sí?

Regresando a la pista de Ezequiel Velázquez, ese nombre registraba a más de cuarenta mil almas tan solo en México, habría entonces que seguir el otro hilo disponible para salir del laberinto: Victoria Jiménez.

XXI

A la famosa chef y activista queer ya la había entrevistado el propio Abel, ajeno completamente a ese vínculo entre ambos, que, al igual que con el Betillo, los hermanaba aun sin conocerse.

Los diversos recetarios de Victoria eran editados por Centuria, y representaban un éxito estándar en sus ventas antes de la era del internet, la cual tuvo que surfear mediante un canal de YouTube para mantenerse vigente. No puedo describir la sorpresa de Victoria al conocer los orígenes de Elizelda.

Al regresar a la ciudad, fue fácil entrevistarnos con ella dados los nexos con nuestra editorial y por el anterior encuentro que Abel había tenido con Victoria en el pasado.

No le dijimos de inicio la razón clara de nuestra visita y nuestro deseo de entrevistarnos con ella (Abel tenía miedo de algún rechazo), así que decidimos manejanos de forma sutil. Le hablamos, inicialmente, de nuestro trabajo en Cocatema sobre Elizelda, sin mencionar a Emilio y Raymundo. Al enterarse de nuestro interés en Elizelda y brindarle las publicaciones que Centuria había estado haciendo de ella, accedió a darnos una entrevista.

Fue difícil convencerla, al mencionar las dos identidades previas de Elizelda, que la bruja hubiese sido aquellas personas. Humanizar a los personajes que se asumen como místicos, sagrados o religiosos siempre ha sido un problema, más para aquellos que se identifican como sus devotos. Está en la naturaleza humana volver inalcanzables y de carácter no humano a aquellos seres que poseen esta aura espiritual.

La mujer no fue lo más abierta a esta nueva verdad sobre su ídolo de la infancia, incluso se puso a la defensiva. A estas alturas, la figura de Elizelda, cuasisagrada para ella, estaba, como muchas

figuras de carácter religioso y/o espiritual, sujeta a la interpretación que sus creyentes han decidido tener sobre su imagen. Un símbolo espiritual termina siendo, en muchas ocasiones, no lo que era o es en esencia sino lo que sus creyentes necesitan que sea. Este era uno de esos casos.

Se resistió a creerlo de una manera casi fanática, pero terminó por ceder ante lo contundente de las pruebas y así bajó la guardia. ¿Qué puedes hacer cuando las evidencias te golpean en el rostro y te demuestran que estabas equivocado? La respuesta obvia pareciera ser aceptar que te equivocabas. Pero la experiencia me demuestra que muchas personas prefieren negar lo contundente de las abrumadoras evidencias. Creí que este caso sería así. Afortunadamente, Victoria resultó ser de las dispuestas a creer en lo que no esperaba, en lo desconocido, una vez que las pruebas de lo dicho le fueron mostradas.

Escuché en silencio aquella plática entre Victoria y Abel que nos conduciría hacia la nueva vida de aquella transmutada bruja, ahora convertida en un hombre, un tercer hombre en esta vida de camino incierto:

—Entonces no está maldita, por eso sigue transformándose.

—Sí, efectivamente...

—Le seguí la pista también. Ezequiel Velázquez fue un albañil a quien apoyaba económicamente a distancia, en parte por miedo, en parte por el remordimiento, porque lo que le pasó fue mi culpa. Siempre creí que tal vez Elizelda podría volver, pelear con un ejército de querubines y una corte de ángeles para abrirse paso de regreso. Pero lejos de eso, se volvió otra persona, también del medio editorial. —Entonces abrió un cajón y sacó varios libros con dedicatoria del autor.

—¡No me lo creo!

XXII

A estas alturas, el seguimiento del caso de Emilio Quijano, ya publicado, gozaba de éxito en obtener la atención de lectores. Se había hablado del asunto en la televisión, medios y redes. Una historia fascinante de un hombre que por accidente era dueño de otras vidas. ¿Trágico? No había duda. ¿Fantástico? Nadie podría discutirlo.

De artista urbano a una hechicera local cuya presencia llegó hasta oídos del Vaticano, era imposible que la historia no resultara atractiva para cualquier persona.

La chef Victoria Jiménez fue ese eslabón faltante para cazar la siguiente vida. Leal a Elizelda «La Milagrosa», había seguido la pista al menos a la siguiente vida como Velázquez el albañil, hasta darse cuenta de que el contramaleficio santero le había impactado nuevamente. Quizás debido al pasar de un cometa o al girar la rueda de un ciclo astral determinado, difícil saberlo. Gracias a ella teníamos ubicado a Emilio Quijano, pero ahora había que viajar al norte de México.

El hombre, en sus fluctuantes cambios, dejó la vida de albañil de manera relativamente rápida para cambiar a otra, la que ahora perseguiremos.

XXIII

He aquí una de las dudas que asaltan a los investigadores de la curiosa enfermedad que aqueja a Emilio: cuáles son los detonantes que hacen que mute la conciencia del individuo y lo haga cambiar, aparentemente, sin una causa obvia.

Una de las teorías es que la mente del enfermo se afianza a una personalidad en tanto esta vida creada sea reafirmada por el colectivo que lo rodea. Esta existencia solitaria como albañil y abandonada de manera tan fácil podría confirmar dicha teoría.

Esto fue algo que también conflictuó a Abel por días. De resultar cierto, si la vida natural de Emilio Quijano hubiese sido afianzada por el colectivo familiar, quizás, sólo quizás, su enfermedad jamás lo habría alejado. En Abel, la tormentosa idea de que con una mejor vida Emilio se habría mantenido con ellos se convirtió en algo constante y obsesivo. Ahora trato de convencerlo de lo contrario, pero en mí la duda también se encuentra.

Este hecho teórico de la esquecitis me pone reflexiva, aunque es algo que por obvias razones no comparto con Abel. Mis pensamientos divagan en esta posible característica (no comprobada) de la enfermedad: ¿no hacemos todos lo mismo, en alguna medida?

Todos cambiamos algo de nuestra esencia cuando no embona en la estructura social en la que nos desenvolvemos. Quizá la esquecitis sólo magnifica dicha característica de la naturaleza humana.

XXIV

Su vida de albañil fue breve, según nos enteramos por Victoria. Nada relevante, nada que platicar, al menos para la mujer trans que era nuestro nexa con ella.

Podría ser que esta vida fuera la más interesante de todas, pero para nuestro nexa con ella fue insignificante. Nada que contar hasta que mutó a una nueva vida, más relevante ante los ojos públicos. Podría ser cierto, o podría ser sólo esa triste percepción social en la que los obreros no son relevantes. Vivimos en una sociedad en la que sólo nos interesamos por las personas que sobresalen y olvidamos a la gran mayoría de individuos que viven en la línea de la cotidianidad. Quizás esto sea así, quizá no. Para nuestra investigación, al final de cuentas, esta vida tendrá que ser como lo fue para Victoria: irrelevante.

Detenernos a verla podría hacer que el nuevo Emilio nos dejara atrás una vez más. No debo negar mi curiosidad hacia los hechos de esta vida que ignoramos, creo, naciente de mi necesidad de saberlo todo, necesidad digna de mi profesión. Sin embargo, también resulta válido renunciar a mi curiosidad en función del bien mayor. En esta ocasión, dos bienes mayores: la paz mental de Abel y la posibilidad de dar con el paradero de Emilio, del cual nunca antes nos habíamos sentido tan cerca.

Poco nos dio Victoria de la vida postalbañil de Emilio, pero lo suficiente para seguir con nuestra búsqueda. Y es que su nombre, como pasa con personas que han destacado en un área en específico, da múltiples fuentes de investigación.

Victoria nos contactó con su agente literario (sí, ahora Emilio volvía a estar cerca de Abel, al menos en profesión), quien nos confió que él también le buscaba desde hace semanas. El Dr.

Francisco Sánchez, profesor de tiempo completo en una Facultad de Filosofía y Letras de provincia, nos recibiría en su oficina para buscarlo en conjunto.

¡Al fin, el margen de búsqueda se iba estrechando!

XXV

Para Abel y para mí, la cosa aquí se puso teatral. Pedro Garcín era un dramaturgo famoso del norte de México, cuyo origen era desconocido para la academia, en gran medida por los orígenes rurales que el propio autor se atribuía en sus entrevistas y textos.

Responsable de dar a luz múltiples obras tragicómicas alabadas por la crítica, había dejado huella en el teatro mexicano, sobre todo ante ojos extranjeros. Yo había leído *El Seguro*, una de sus obras famosas en México. Adaptada recientemente al cine, gozó de un éxito que, si bien fue relativamente moderado, no le había condenado a pasar inadvertida en taquilla, aunado a una larga temporada en el Blanquita, con el propio López Tarso representando a la muerte.

El Seguro pone en escenario a la muerte, quien en persona llega al IMSS a fin de llevarse con ella a un paciente terminal. No obstante, la burocracia que carcome el sistema la obliga a verse involucrada en sus procesos de tinte kafkiano y la misma acaba por vagar con el resto de los pacientes en una sala de espera, plagada de ironía y desesperación, en las cuales se refleja la existencia de marginados, para quienes no toda vida parece un regalo, ni toda muerte una tragedia. Al menos, así la interpretaba la crítica y la alababan los intelectuales del momento.

¿Realmente de la pluma de mi suegro habían salido esos personajes? Esto le daba un nuevo giro a nuestra historia, tanto periodística como personalmente.

Emilio Quijano se había vuelto famoso, ya por su esquecitis, ya por ser el propio Garcín. Esa mañana, partíamos a tomar el vuelo a la capital de un estado del norte para hacer una parada en su Facultad de Filosofía y Letras. Antes de partir, el becario me quiso interrumpir con la llegada de un sobre, pero el vuelo estaba próximo, el tráfico pesado e íbamos tarde. Tendría que esperar.

XXVI

Ya en el norte, en la Facultad de Filosofía y Letras, Abel y yo fuimos recibidos por el Dr. Sánchez, profesor de tiempo completo en esa institución que imparte materias como «Vanguardias teatrales del Siglo XX» y «Teatro en el Siglo de Oro español». A su vez, fungía como agente literario de varios autores, siendo sin duda el más grande Pedro Garcín.

Fue «descubierto» en prisión bajo el nombre de Ezequiel Velázquez, donde el propio Sánchez se desenvolvía como encargado de un proyecto de teatro penitenciario para el Estado. Terminó condenado a pasar un par de meses en una celda debido a una trifulca entre albañiles, que acabó en daños a propiedad privada y lesiones simples. El reo mostró un talento extraordinario con la pluma, además de un interés desmedido en los clásicos del teatro, a los cuales devoró en su celda, según versa en el expediente de trabajo social.

¿Por qué nadie conocía los orígenes de Garcín? Se debía a que en esta ocasión no se trataba de una vida alquímica, al menos, no de la misma manera. Sánchez decidió jugársela y, una vez liberado Ezequiel, lo introdujo en el mundo literario local. Su talento rápidamente propició el despegue que llevaría sus obras a la fama. Pero antes de eso, necesitaba crear un personaje. El seudónimo salió de dos personajes que simbolizaban la circunstancia propia de Emilio Quijano: autor y personaje, la vida contra el teatro. Pedro Calderón de la Barca, para quien toda «la vida es sueño», y José Garcín, para quien «el infierno son los demás».

Así, recién tocado por las aguas del bautista, Emilio, que era Ezequiel pero se disfrazaba conscientemente de Pedro, escribió poco más de una decena de obras teatrales. Consolidó su éxito con la célebre *Jonás o la penalogía marina*, con la cual llevó a la catarsis

de Aristóteles a un grado asombroso, usando su estancia en prisión como el combustible de su arte. Estábamos frente a un Jean Valjean mexicano, según su entusiasta crítica.

En *Jonás o la penalología marina*, el autor utiliza la parábola de Jonás devorado por una ballena, quedando a merced de los peces antropomórficos que habitan en el estómago de la bestia. El protagonista, víctima de sus circunstancias, debe dejar de lado su naturaleza humana para comportarse como un pez piloto junto a los tiburones, por quienes se siente protegido, hasta subir en la escala oceánica de parásito a depredador alfa o morir en el intento. La crítica no pudo dejar de ver la metáfora de un ser estigmatizado y destruido por la cárcel y cómo, aunque el reo abandona la cárcel, aquella no abandona al hombre.

La ballena era entonces la prisión; los distintos peces que atosigan a Jonás, la otredad que habita una cárcel: custodios, criminales, amenaza.

Y ahora que acababan de vender los derechos de *Jonás o la penalología marina* para una adaptación fílmica, su autor se encontraba nuevamente desaparecido.

XXVII

Un nuevo enredo presentaba esta reciente información sobre Emilio. El hombre que mutaba de personalidad a causa de una enfermedad, ahora lo hacía conscientemente. Esto alejó el tormento de Abel, en el que la vida de albañil de su padre había sido abandonada por ser simple y acalló las dudas de si esto lo hizo mutar a Raymundo originalmente. Tal vez su padre no los había dejado a ellos por no satisfacer su vida adecuadamente, como lo estuvo pensando los últimos días.

Sin embargo, una nueva duda se sumergió en Abel a raíz de esta nueva información: si Emilio podía fingir ser otra persona a voluntad propia, ¿no existía la posibilidad de que la esquecitis nunca hubiera sido la culpable de sus innumerables vidas? Esta inquietud resucitó en Abel todas las preguntas que lo habían atormentado en el principio de este viaje y durante toda su vida.

Yo reflexionaba con él, lo hicimos en varias charlas. Trataba de convencerlo de que un pseudónimo no es una transmutación de personalidad, que es algo que muchos artistas hacen en las diferentes disciplinas sin que esto altere su persona para nada. Intenté persuadirlo de esto porque era lo que Abel necesitaba oír, pero a la vez, mis reflexiones se expandían a la posibilidad contraria dentro de mi cabeza.

¿Era Freddie Mercury el mismo chico parsi llamado Farrokh Bulsara? ¿El bajista Nikki Sixx continuaba siendo el joven de problemática niñez, llamado Frank Carlton? En estos dos ejemplos, sacados del más glamuroso rock, vemos trasmutaciones a través de un nuevo nombre.

La respuesta a este dilema, creo, es subjetiva. Un pseudónimo puede ser sólo otro nombre para un artista o un símbolo de cambio radical en su vida. Concluía para mí esto, sólo para mí. A Abel había que decirle lo contrario, convencerlo de eso.

XXVIII

Con la reciente información de esta nueva vida de Emilio, debía pensar esta historia desde dos vertientes: por un lado, un acontecimiento editorial que iba creciendo en el interés de los lectores, cada vez más atentos al próximo capítulo de mi suegro ausente; por otro, parte de una vida propia compartida con Abel.

¡Estábamos demasiado próximos a la noticia y era demasiado tarde! ¿Nos afectaba? Sí, pero ya no había marcha atrás, habíamos llegado lejos y, estando tan cerca, vacilar podía implicar perderlo todo.

Sánchez tenía una nueva pista. A poco más de una hora de la capital, se encontraba un municipio famoso por su producción manzanera y por ser sede de la comunidad menonita en México. Hacia allá podía dirigirse Emilio en su faceta de Garcín.

¿Qué llevaba a Garcín a aquel lugar? ¿Cómo llegaba su agente a la conclusión de que esa era la siguiente parada en esta persecución? Fue entonces cuando conocimos el engargolado. Los ejercicios diarios de Pedro Garcín, quien estaba en vías de patentar un método:

El dramaturgo no puede sólo consumir teatro para producir teatro, TIENE QUE VIVIR TEATRO. Su despertar y su dormir, sus alegrías y tristezas, su dinámica diaria; todo debe desenvolverse como una estructura escénica. Si el sujeto piensa escénicamente lo cotidiano, lo extraordinario y trágico, naturalmente fluirá bajo esa estructura. El guion orgánico nacerá por sí solo, concientizarlo es la parte difícil, pues afuera representamos papeles todo el tiempo.

XXIX

Extractos de las vivencias mensuales de Pedro Garcín.
Ejercicio dramático-teatral.

Querido diario

Personajes:

Pedro Garcín. Exconvicto, dramaturgo.

Francisco Sánchez. Director de la Facultad de Filosofía y Letras.

Jorge Barragán. Maestro de Filosofía.

Evelyn Gómez. Docente de Etimologías.

Andrés Lizárraga. Docente de Modelos Grecolatinos.

Artemio Muñoz. Intendente.

Violeta Ayub. Alumna de un taller.

Marcos Rayos. Alumno, novio de Violeta.

Jeremías B. Un alumno.

Esteban J. Otro alumno.

Yohana L. Alumna, amiga de Violeta.

Pez Gato.

Pez Ángel.

Pez Piloto.

Pez Japonés.

Atún.

Merluza.

Candirú.

Agente de libertad condicional.

Doctor Guadalupe.

Guardia de seguridad del hospital.

Escena. Mañana del 30 de septiembre.

Personajes: Pedro Garcín, exconvicto, dramaturgo; Francisco Sánchez, profesor de Teatro; Violeta Ayub, alumna de un taller; Jeremías B., un alumno; Esteban J., otro alumno; alumno genérico, que sólo se despide; un pez misterioso, representa un pensamiento.

La escena se lleva a cabo en un salón de la Facultad de Filosofía y Letras. Al fondo un pizarrón, frente a éste unos pupitres. En escena Pedro, Violeta, Jeremías y Esteban. Al iniciar la escena suena un timbre como efecto sonoro.

Pedro: *(Viendo una libreta)* Mañana, jóvenes, estableceremos nuevamente las posibilidades satíricas del teatro de marionetas en pleno siglo XX y la actualidad. Si alguien no lo ha hecho aún, es requisito leer *Ubu Rey*. Nuevamente, gracias por su tiempo.

Los alumnos se levantan y se despiden mostrando agradecimiento. Violeta se queda atrás.

Violeta: Profe, ¿cómo está? Sabe que tengo interés en escribir una obra un poco más ligada al musical...

Pedro: Me temo que el teatro musical no es mi fuerte, ello implica una producción y dinámica que mi propuesta no contempla: una practicidad orgánica...

Violeta: *(Interrumpiéndolo)* Yo bailo, ¿sabe? El ballet es una disciplina más dura que el karate, cualquiera se lo sabrá decir. ¿Por qué no me permite invitarle a...?

Entra Francisco intempestivamente.

Francisco: ¡Pedro querido! No sabes lo que hemos logrado. *(Traga saliva)* ¡Quieren tu obra para el cine!

Pedro: Pero... ¿de qué hablas?

Francisco: *(Aumentando el frenesí)* Cerré la negociación hace diez minutos. ¡Superproducción!

Francisco arrastra a Pedro fuera de escena, la libreta se queda abandonada en el escenario. Violeta se queda viéndolos irse, tras de ella llega un pez, que se coloca justo al oído.

Pez: *(Susurrando)* ¡Tienes que ser parte de esto!

Violeta toma la libreta.

Telón.

XXX

Escena. Tarde del 01 de octubre.

Personajes: Pedro Garcín; Evelyn Gómez, docente de Etimologías; Andrés Lizárraga, docente de Modelos Grecolatinos; Artemio Muñoz, intendente; Jorge Barragán, docente de Filosofía.

La sala de maestros de la Facultad, compuesta por una mesa con sus respectivas sillas. A un lado una pequeña mesita con una cafetera y vasos de unicel.

Evelyn: Es una locura. Una falta de respeto. A los veintitantos años, se estaba tocando en el salón.

Andrés Lizárraga: Sin duda debemos reportarlo con Paco.

Pedro: Supe que el muchacho ya está con el área académica y se entrevista con la trabajadora social...

Jorge: *(Lo interrumpe con tono sarcástico)* ¡Qué interesante! ¿Usted cree en la teatralidad de la masturbación?

Pedro: ¿Perdone?

Jorge: Leí su postulado sobre la vida y el teatro, tiene connotaciones que, si bien folclóricas, son interesantes...

Pedro: Gracias, supongo...

Jorge: Entonces, todos nos masturbamos, ¿no es así?

Andrés: Basta, Jorge, hay damas presentes.

Jorge: Es un tema adulto, tómallo con seriedad académica. Y

bien, maestro Garcín... (*Volteando en su dirección*) ¿Usted vincula esas experiencias con el teatro?

Pedro: Supongo que, hipotéticamente, la persona debe estar evocando una situación, y la misma, por muy convencional o erótica que resulte, es susceptible de ser teatralizada. El teatro es sinónimo de vida, una representación de ésta. Por ende, el teatro es tan natural como el sexo y viceversa.

Jorge: (*Interrumpiendo a Pedro*) ¡JA! Entonc...

Evelyn: (*Interrumpiendo a Jorge*) Déjalo acabar, es muy interesante.

Andrés: (*Hacia Pedro*) Continué, maestro.

Al lugar llega Francisco.

Francisco: Acompañenme por favor, debemos sesionar para determinar el castigo académico que resultará de la falta del joven Arnoldo. Evelyn, lamento mucho que te tocara presenciar semejante espectáculo.

Evelyn: No te preocupes, Paco, de hecho, derivó en una interesante hipótesis que comenzaba a propugnar Pedro.

Jorge gruñe. Salen todos. Pedro, quedándose atrás, ve que se le acerca el intendente.

Artemio: Ese viejo cabrón le trae ganas. Cuidado, profesor.

Salen.

Telón.

XXXI

Escena. Madrugada del 03 de octubre.

Personajes: Pedro, Pez Gato, Pez Ángel.

Escena onírica, Pedro se encuentra en cama. Despierta. Tras de esta, varios elementos marinos (algas, corales, un ancla...) penden del escenario.

Pez Gato: (*Hacia el público*) El mundo del inconsciente: la fuente de la creación. (*Se agacha hacia Pedro*). ¿Qué secretos puede guardar esta cabecita perturbada? ¡El gran escritor! ¡Jajaja!

Entra el Pez Ángel.

Pez Ángel: Basta, lo vas a despertar.

Pez Gato: (*Jalando la cobija de Pedro*) Con esa cantidad de Ativan, no creo.

Pez Ángel: ¿Por qué quieres molestarlo?

Pez Gato: Por bribón, ¡mentiroso!

Pez Ángel: Pero realmente es un artista...

Pez Gato: Es más que eso. Prisionero 9636. Pero, ¿acaso hay más?

Pez Ángel: ¿Más?

Pez Gato: Sí, este algo sabe, algo esconde. Pero ni siquiera él lo sabe. Ojalá no lo averigüe por boca de alguien más. ¡Qué bochorno!

Pez Ángel: Pero, igual que Jonás, él ya pagó por lo que hizo.

Pez Gato: Nunca se acaba de pagar realmente y este tiene miedo de que su pasado se descubra.

Telón.

XXXII

Escena. 11 de octubre.

Personajes: Pedro, Violeta, Jeremías y Esteban.

La escena se lleva a cabo en un salón de la Facultad de Filosofía y Letras. Al fondo un pizarrón. Frente a éste, pupitres.

Pedro: Fue una buena clase, muchachos, la siguiente semana repasaremos *Peer Gynt* de Ibsen, la cual, estoy seguro que encontrarán, cuando menos, fantástica y edificante.

Salen todos los alumnos despidiéndose. Violeta y Yohana se quedan atrás. Cerca del escenario se dirigen al público, a distancia, donde Pedro no las escucha.

Violeta: Sé que me arriesgo demasiado, pero tú las viste, son mi boleto a figurar ante sus ojos.

Yohana: Amiga, piénsalo, aún puedes echarte para atrás, nunca debí dejarme convencer de fotografiarte desnuda.

Violeta: No importa, al final todos estamos desnudos de una forma u otra, déjame escribir mi teléfono al reverso de la foto, ¡ya está! *(Mete las fotos al cuaderno).*

Se aproximan a Pedro, Yohana se despide y sale de escena. Violeta permanece.

Violeta: Profe, dejó su libreta el otro día, pero descuide, yo personalmente la resguardé.

Pedro: Muchas gracias, señorita...

Violeta: Violeta.

Pedro: Sí, lo sé. De nuevo, gracias. No pierdo la cabeza porque va pegada al cuerpo.

Entra interrumpiendo Esteban.

Esteban: Profe, le busca el Dr. Sánchez en la sala de maestros, me mandó llamarle. *Salen dejando a Violeta en el salón.*

Telón.

XXXIII

Escena. 11 de octubre.

Personajes: Pedro Garcín, Francisco Sánchez, Evelyn Gómez, Andrés Lizárraga, Jorge Beltrán.

La sala de maestros de la Facultad.

Francisco: Este... Buenas tardes a todos. Antes de hacer oficial cualquier cosa, quiero comentarles más en corto lo que se viene. La próxima semana cultural de la Facultad estará destinada a celebrar la multiculturalidad del estado. El año pasado la dirigimos al aspecto indigenista con las etnias propias de nuestra localidad, en esta ocasión, *(al público)* y por así existir inversión privada que lo sustenta, *(a los docentes)* a la cultura menonita.

Jorge: Perfecto, publicaré una ponencia al respecto de la hermenéutica del menonita en la prensa, y mis alumnos participarán en una dinámica de pensamiento crítico al respecto, abriendo un debate como evento de clausura.

Francisco: De hecho, doctor, teníamos pensado destinar la ceremonia magistral a algo más teatral. Maestro Garcín, sé que el tiempo es reducido, pero, conocedores de su talento, ¿podríamos abusar al pedirle que escriba algo de teatro histórico, relacionado con la unión entre el fundador de los menonitas con el anabaptismo?

Pedro: Podría intentarlo... aunque soy un tanto ignorante del tema.

Jorge: ¡No conoce el tema!

Francisco: *(Haciéndole un ademán a Jorge para que guarde silencio)* No se preocupe, maestro, los docentes de las áreas de antropología e historia estarán a su servicio, en calidad de asesores, para esta

comisión.

Pedro: Gracias.

Francisco: Esto amerita un brindis, venga a mi oficina.

Salen Francisco y Pedro. Pedro deja su libreta olvidada sobre la mesa.

Evelyn: ¡Ay! Pedro dejó olvidada su libreta...

Jorge: Yo se la llevo.

Jorge toma la libreta y se acerca a un extremo del escenario, fuera de la vista de los demás personajes, donde se pone a revisarla. Las fotografías caen de la misma. Las recoge.

Jorge: Esto es perfecto.

Telón.

XXXIV

Escena. Madrugada del 12 de octubre.

Personajes en escena: Pedro, Pez Gato, Pez Piloto, Pez Japonés.

Escena onírica. Pedro se encuentra en cama. Despierta. Tras de ésta, varios elementos marinos (algas, corales, un ancla...) penden del escenario. Junto a la cama un mueble con un televisor cuya pantalla da hacia el escenario.

Pez Gato: De nuevo, el enemigo público duerme.

Pez Ángel: Déjalo descansar.

Pez Gato: Él jamás volverá a ser libre, ni aun fuera de prisión. Tiene miedo, ¿sabes? En cualquier momento habrá sangre en el agua...

Entra el Pez Piloto.

Pez Piloto: ¿Alguien dijo sangre en el agua?

Pez Ángel: ¡Los tiburones vendrán!

Pez Japonés: Violencia en el mar.

Pedro despierta de pronto. Saca de debajo de las cobijas un control remoto y prende la televisión.

Voz de la televisión: ...Y es así, que el grupo musical Molotov fue víctima de un robo de instrumentos musicales. Esperemos que las autoridades pronto puedan recuperar los instrumentos y bienes robados. Para Canal 25, Víctor Álvarez... En otras noticias, dentro de la sección de prensa escrita, de Centuria Noticias, el seguimiento del caso de Emilio Quijano sigue despertando interés a lo largo del país, habiendo ciudadanos que, deseosos de fama o recompensas, refieren saber quién podría ser. Incluidos en esta lista están un sacerdote en Chiapas, un enfermero que permanece en coma desde

hace dos años en Hidalgo y un destacado entrenador de deportistas olímpicos. Aquí la historia...

Pedro comienza a dormir nuevamente.

Pez Piloto: *(Atravesando el escenario)* Las aguas se agitan, pero los tiburones igual vendrán.

XXXV

Nunca antes había leído algo así, un diario teatralizado, distinto completamente a cualquier otro en su especie. Ahora, a diferencia de los documentos obtenidos en nuestra investigación, por primera vez estábamos directamente ante la perspectiva de Emilio Quijano y no de terceros impactados directa o indirectamente por él.

De momento ya tenía mucho interés, pero me preocupaba qué podría pasar. Lo último que quiero es que Abel se siga lastimando. Un romance con alguna alumna, un acto ilegal, cualquier paso en falso podría traerle aún más preocupaciones.

La presencia de esos peces también me intriga. ¿Son sus demonios lo que representan? De la posterior lectura lograría constatar que, aparentemente, la cárcel sigue torturando en sueños a ese hombre.

¿Y si las vidas antiguas se asoman por medio de lo onírico? Los sueños son, en sí mismos, parte de la vida... ¿O es que no vivimos aquello que soñamos?

XXXVI

Escena. 15 de octubre.

Personajes: Pedro Garcín, Francisco Sánchez, Evelyn Gómez, Andrés Lizárraga, Jorge Beltrán.

La sala de maestros de la Facultad, compuesta por una mesa con sus respectivas sillas. A un lado una pequeña mesita con una cafetera y vasos de unicel.

Pedro: Entonces estaba leyendo eso en Centuria, me pareció increíble, el hombre podría ser cualquier persona y no estar consciente de ello. Quizás en este momento se encuentre pescando con esquimales o en un entrenamiento de astronautas para la NASA.

Andrés: O siendo un domador de leones.

Evelyn: O el Dr. Beltrán.

Andrés: ¡Juggg! ¿Quién en su sano juicio va a querer ser ese?

Entra Jorge a escena.

Evelyn: Mira, no te vas morir.

Jorge: *(Con expresión de desdén)* Buenas tardes, pero qué barullo hay afuera. ¡¿Quién hace semejante escándalo?!

Se escucha la voz de Violeta, sin que la alumna entre a escena.

Voz de Violeta: ¡Marcos, no! ¡Eres un animal! ¡Cálmate!

Voz de Marcos: ¡Cómo quieres que me calme! ¡Mi novia es una piriuja! ¡Lo voy a matar! ¡A cocer a chingazos!

Entran Violeta y Marcos a escena. La primera detiene al segundo, intentando impedir su embestida.

Violeta: ¡Espérate, animal! ¡Pendejo!

Marcos: (*Apuntando a Pedro*) ¡Hijo de tu puta madre!

Jorge: ¡Pero qué desfachatez! ¡Qué escándalo!

Pedro y Marcos riñen y forcejean.

Telón.

XXXVII

Escena. 18 de octubre.

Personajes: Pedro, Francisco, agente de libertad condicional, peces.

Un escritorio lleno de expedientes empolvados, una silla ejecutiva de un lado, una silla sencilla del otro. Junto a ello, un garrafón de agua para consumo, con su respectiva base. Sobre el mismo, una torre de conitos para servirse.

Agente: Señor Velázquez, debo ser sincero con usted. Si bien los testigos refieren que usted no comenzó la riña, lo cierto es que su manera de defenderse mandó al joven al hospital. Además, la posesión de fotografías pornográficas de una de sus alumnas le juega terriblemente en contra...

Pedro: Le aseguro que yo no sabía de esas fotografías, jamás las había visto, por favor no...

Se asoma un pez al otro lado del garrafón.

Pez: Glup, glup... Los tiburones llegaron, es hora de volver a la ballena.

Agente: Quizá lo mejor sea la cooperación, terminar su condena en prisión mientras que se evalúen los cargos por posesión de pornografía infantil.

Pedro: ¡Le juro que yo jamás vi o tomé esas fotos!

Entran tres peces más a escena.

Pez 1: El atún te espera en las regaderas, Ezequiel.

Pez 2: La merluza te espera en las regaderas, Ezequiel.

Pez 3: El candirú te espera... Ezequiel.

El pez faltante, que los ve desde el garrafón, les brinda conitos de agua. Ellos los utilizan para mojar a Pedro. Los otros dos personajes humanos no parecen

percibir la presencia de ninguno de los peces.

Peces: (*Molestando y mojando en círculos a Pedro*) ¡En las regaderas!
¡En las regaderas! ¡En las regaderas!

Pedro: ¡Basta! ¡No voy a regresar!

Atún: ¿No lo entiendes? La elección no es tuya, tú caíste, a ti ya te chupó el diablo.

Los peces lo siguen molestando.

Merluza: Mira la ballena, puedo ver sus fauces.

Pedro: Pero yo no hice nada...

Candirú: Tú haces el delito, el delito eres tú.

Los demás peces: Tú haces el delito, el delito eres tú.

Pedro cae desmayado. El agente y Francisco corren a levantarlo.

Francisco: ¡Pedro!

Agente: Señor Velázquez.

Telón.

XXXVIII

Hablando con el doctor Sánchez, me di cuenta de que, en esta vida, Emilio Quijano era distinto: un albañil literario. Tras la pala, la espátula y el cemento, existía un ser sensible. No soy psicóloga o profesional de la salud, pero intuyo algo: creo que pueden estar germinando en él múltiples aspectos de varias vidas.

A veces se asoma la agresividad de Raymundo; otras, la benevolencia de Elizelda y, quizás ahora, vemos nuevos aspectos pertenecientes a otras vidas que desconocemos y que se asoman en Garcín. ¿Si él ya no quiere ser Velázquez, por qué obligarle? ¿Qué a nosotros, en completa libertad, también nos está prohibido cambiar lo que somos?

Por otra parte, era asombroso cómo Emilio había contactado consigo mismo, sabía que le buscábamos, sin estar consciente de que era a él a quien buscábamos tan desesperadamente.

El hermetismo se ha apoderado en estos últimos días de Abel. No comenta mucho, no habla del tema como en los días pasados. Pero una esperanza asoma en él. Creo que ahora que vemos estos peces, que son como pequeñas luciérnagas en la mente de Emilio, el hijo cree en la posibilidad de resurrección del padre que murió en ese cuerpo, hace ya varias vidas.

Creo que la esquecitis puede tener similitudes con el trastorno de personalidad múltiple. Incluso creo que cada vida puede ser susceptible de manejar enfermedades propias, en este caso, las alucinaciones marinas.

De alguna forma, todos tenemos pequeños peces susurrándonos desde dentro aquello que sabemos, pero que decidimos ignorar. Quizás es sólo que Emilio tiene en la esquecitis el pretexto perfecto para hacerlo.

XXXIX

Escena. 19 de octubre. Hora desconocida.

Personajes: Pedro, Francisco, doctor Guadalupe, guardia del hospital, Atún.

Pedro esposado sobre una cama de hospital. Junto a él, Francisco en una silla.

Pedro: *(Despierta)* ¿Qué sucede?

Francisco: ¡Doctor, ya despertó!

Doctor: Señor Velázquez, ¿cómo se siente?

Pedro: Confundido.

Doctor: Me imagino. Permítame presentarme, soy el doctor Guadalupe. Usted sufrió un colapso nervioso, generado por una bomba de estrés; una dolencia más común de lo que se imagina. Por fortuna, nada que un antidepresivo no pueda controlar. Además, creo que las noticias de su situación legal podrán hacerle sentir más aliviado.

Entra un guardia; tras él, un pez. El guardia le quita la cadena.

Francisco: La situación quedó aclarada, tanto Yohana como Violeta aclararon todo. ¡Ay, Pedro!, lamento mucho que hayas tenido que pasar por esta situación.

Atún: El que ha estado en la ballena, nunca podrá dejarla.

XL

Así se interrumpía aquel engargolado, que contenía un relato teatralizado desde la perspectiva de aquella vida particular y concreta de Emilio Quijano.

El panorama era agridulce. Por un lado, tranquilizador, dado que la situación se había aclarado. Por otro, ese Garcín era un ser atormentado. Dicha condición torturaba por igual a Abel.

En la antigua alquimia se sostenía la hipótesis de que un alquimista transmuta con su obra, al igual que el escritor lo hace con la suya. Aquello a lo que Aristóteles llamó catarsis. Nunca un artista transmutó tanto con su obra como Garcín, el hombre que había sido muchos hombres.

Paradójicamente, su semilla, Abel, transmutaba día a día al conocer más de las vidas de su padre. Y, sin darme cuenta en un inicio, mi cercanía con el hijo en la búsqueda del padre me cambiaba también a mí.

La ausencia de Emilio, tanto en cuerpo como en espíritu, era auténtica, pero casi ilusoria. Parecía que el hombre, los múltiples hombres que era, viajaban en cada ciudad con nosotros. Nunca fui devota de la bruja, pero me hizo sentir la magia. Nunca fui admiradora del arte dramático de Garcín, pero su diario teatral me conmovió profundamente.

Buscarle ahora ya no era una opción cuestionable, era casi un camino espiritual. No sé en qué momento dejó de ser trabajo, dejó de ser algo por ayudar a Abel y se convirtió en búsqueda esencial. Los antiguos alquimistas tenían razón. El camino es la meta, la senda es la experiencia suprema, la conclusión es simplemente encontrar la paz.

Sólo habría que continuar la senda, volver al camino. Pero,

¿dónde buscar ahora? Podría estar en cualquier lado. Pensábamos que podría haber acudido a las comunidades menonitas en búsqueda de información para la obra que le había sido comisionada. O quizás nos enfrentábamos a la transformación nuevamente, otra alquimia, un nuevo ciclo de muerte y nacimiento, la carrera interminable.

Esas reflexiones me invadían cuando me interrumpieron urgentemente.

El contenido del sobre. Comencé a leerlo, interrumpí todo. Busqué a Abel como una loca, la historia estaba por pintarse de un tono aún más extraordinario... ¡No puedo acabar de creer todo esto!

EPÍLOGO

Mi nombre es Abel Quijano, y como muchos otros, busco la figura paterna que perdí. He leído y releído los múltiples reportajes sobre mi padre, *Las vidas alquímicas de Emilio Quijano*. Toda una odisea. Soy un Telémaco a la caza de un Ulises que se cree a veces Aquiles, otras Eneas, luego Hefestos y, si se descuida, hasta Afrodita. Pero aquí estamos, con una pista azarosa que nos hará encontrarnos: nunca subestimes el alcance de la televisión nacional.

Visto en retrospectiva, ¡es increíble! Mi papá, el faquir urbano de la San Felipe, la bruja legendaria, la atracción principal de un municipio, el dramaturgo cuyas obras teatrales han ganado tantos galardones. Es Ezequiel enjarrando una pared, es el preso 9636, es Jonás adaptándose a la vida de los peces dentro de las entrañas de la ballena y la muerte interpretada por López Tarso. Es la frustración del padre Toño y los barriles de cerveza que cumplen deseos y despiertan milagros.

Todo eso fue, o en cierta medida, ¡todo eso es! En toda esta vorágine, ¿cómo sentirme? En el frenesí de nuestra cruzada, Laura y yo quizá no reparamos en el fondo de los hechos descubiertos. Deshilachamos la historia, eso no se pone en duda, pero ahora, algo en mi pecho me exige que preste atención no a los acontecimientos pasados, sino a sus efectos, al legado de mi padre en múltiples vidas y cómo tocó las de otras personas con las que, bajo otras circunstancias, yo jamás hubiera cruzado palabra.

Pareciera que en la enfermedad hay cierta magia.

¿Cuál hubiera sido el legado de mi padre de haber permanecido con nosotros? ¿Sería yo quien soy ahora? Quizás hubiera estado destinado a otra cosa. Pero la magia y el misticismo se imponen a la vida de mi padre y por ende a la mía. Mi padre

el asceta, la bruja, el albañil, el prisionero que se transmuta en un siervo del teatro...

Su legado ya no sólo es suyo, porque ¿hasta dónde esas relaciones son de mi padre? ¿Hasta qué punto son de las vidas en su total independencia? ¿Dónde comienza la vida de mi padre y nace la del asceta o la hechicera?

Visto de otra manera, a los niños se les exige menos responsabilidad por aún no haber obtenido el raciocinio adulto. Pero, si bien legalmente esa carga nos llega en automático a los 18 años, ¿en qué momento exacto muere el niño y nace el hombre? Siempre creí que ese momento fue cuando lo perdimos.

Ahora debo obtener una certeza que, quizás al igual que en ese ejemplo, jamás logre quedarme clara: ¿mi padre son esas personas o ellas son autónomas a este? ¿Acaso estuvieron allí escondidas en cada momento antes de la partida de papá?

No sé ni qué quiero creer, mucho menos descubrir, la verdad. Ambas posibilidades me aterran. Ahora que sé que voy en camino a verlo, estoy extrañamente confundido. Ignoro cómo debería sentirme. Por un lado, más enamorado que antes. Laura demostró una vez más ser la mujer de mi vida. Leo sus textos una y otra vez y me convengo de que es la persona con la que compartiré el resto de mi existencia. Mas, por otra parte, los nervios me invaden: ¿qué si mi padre se transforma nuevamente en alguien que deteste? O si en el fondo ni él, ni sus múltiples vidas estén interesadas en mí. ¿Qué pasará entonces?

¡Basta, Abel! ¿Tan necesitado estás de la aceptación de papá? Tú eres un reportero, un cazador de la verdad, todo este tiempo esa ha sido tu motivación.

Pero es mi padre de quien estamos hablando, mi historia y ahora también la de Laura. No puedo ser indiferente a eso. Nuestra

historia y sus múltiples vidas ahora están ligadas. Escribimos y vivimos sobre ellas, las compartimos tanto por tinta como por sangre.

Ahora soy el descubridor de estas vidas. Existencias que sin Laura y sin mí jamás se hubieran podido relacionar. Su hilo conductor hubiera permanecido invisible hasta el olvido.

Las costuras que unen mi historia con la de mi padre siempre estuvieron allí, pero ahora se han reforzado al interactuar con mis hermanos, que no son mis hermanos, pero son hijos de mi padre en sus facetas donde no era mi padre.

Los puntos aislados, ahora invadidos por líneas que conforman una unidad: la historia de Emilio Quijano y sus vidas alquímicas.

Y estaba tan distraído uniendo los puntos, que no vi llegar a mi propio padre que me buscaba de regreso. Ahora, sabiendo lo que sé, ¡todo tiene sentido! La desaparición de Pedro Garcín tiene una explicación, nunca fue en búsqueda de los menonitas para documentar su próxima obra.

Se interesó en Emilio Quijano gracias al seguimiento mediático de la historia y, en determinado momento, debió reconocerse. No sé cómo funciona el cerebro humano, pero algo hizo clic en el momento oportuno, y en ese instante de lucidez, como un naufrago con papel y botella, mandó el mensaje en sobre cerrado. Fijó el punto de encuentro en «Ave. Zarco, 4263, Lindavis_____²».

Me lo imagino tal y como lo recuerdo en mi infancia, una visión que ya me es nebulosa, donde sentado en el borde de la cama escucha atentamente la televisión, mientras busca con la vista algún zapato que se esconde de su compañero.

² Ilegible en el original.

Aunque eso lo hacía Emilio, no Pedro Garcín, quien en efecto es más sofisticado. ¿Lo leyó en alguna edición de la prensa escrita, quizás en *Palabras Libres* o algún suplemento de *Jiribilla*?

Entonces, el desdoblamiento, ese momento en que se descubrió. No imagino la sensación en la que, de pronto, se revela todo. ¿Acaso recuerda sus vidas anteriores? ¿Sólo algunas? ¿Cómo será recordarse cuando uno se ha olvidado de sí mismo?

Y así, tras consultar en internet cómo hacernos llegar un mensaje, debió tomar hoja y papel para escribir algo que, como él, tiene ese doble semblante. La habilidad y maldición de ser muchas cosas: versión autorizada a esa biografía, la posibilidad de un reencuentro, una petición de ayuda: «¡Auxilio! ¡Aquí estoy! ¡Por favor! ¡Antes de que vuelva a perderme!»

La sincronización entre nosotros y el mensaje no pudo ser más torpe. Antes de partir para investigar la vida de Pedro Garcín se nos advirtió sobre la llegada de un sobre, pero muchas fuentes de otras historias que en ese momento distaban de ser nuestra prioridad llegan de esa forma.

Así, el sobre permaneció en el escritorio, a la espera, igual que papá, de que alguien al abrirlo por error detectara su importancia.

Temo haberme tardado demasiado y que, presa de la impaciencia, haya dejado de esperarme. Temo que ya no sea Emilio Quijano, sino fulano de tal, irrastreable y perdible. ¡Justo ahora que logramos que hiciera contacto!

El camino en sí mismo es un calvario, la emoción del posible encuentro se diluye al pensar en la sola posibilidad de perderlo, esta vez quizá para siempre. Su condición podría en cualquier momento jugarle en contra. ¿Qué tal si hay muchachos jugando en las canchas aledañas y él se convence de que es un jugador profesional

de basquetbol? ¿O si persigue al carrito de camotes convencido de que esa es y siempre ha sido su profesión? Cada minuto es un riesgo y representa kilómetros en una brecha que puede volverse a abrir entre los dos.

Conforme me acerco a estacionar el coche, un frenesí en mi pecho aumenta. Jamás en mi vida me he desmayado, pero los nervios hacen que durante minutos crea que hoy es posible. Al final, la voluntad se impone, recupero el gobierno de mí. ¡Es hora!

Camino al punto de encuentro, creo que ciertas personas me reconocen. Ya muchos deben conocer mi rostro, asumo que el de Laura también, pues la historia de mi padre creció tanto que hemos sido entrevistados por periódicos y televisión.

Gracias a las fotografías de la Facultad y los medios literarios, ya conozco la apariencia y el rostro de Pedro Garcín, así que papá no debe ser muy diferente ahora. Pero, justo en este instante, surge algo en lo que me había negado a reparar antes de bajar del coche: ¿qué le voy a decir cuando lo tenga enfrente? Para empezar, ni siquiera sé del todo cuál será mi sentir cuando lo vea en persona.

Hoy Laura no me acompaña, en mi éxtasis nervioso no logro ni recordar por qué, debió explicármelo, mas no lo recuerdo. Estoy tan nervioso que ya no hilo bien nada, todo se vuelve nebuloso.

Llego al lugar y reparo en la puerta. Normalmente nadie le da su lugar a las puertas, y aquellas son importantes, porque los lugares nos definen en cierto modo. Somos donde estamos y los lugares se definen por los seres que habitan en ellos. Y en tan sólo una fracción de segundo pienso en todas las puertas que cruzó mi padre a lo largo de sus múltiples vidas. Algunas humildes, otras ostentosas, inclusive hasta con barrotes o puertas de utilería. Quizás, hasta puertas metafísicas, cuando meditaba y se enfrentaba a los

enemigos espirituales del hombre.

Ya despabilado, toco el timbre. El abrir de la puerta... y ahora estoy confundido. Me veo como en un reflejo, pero el reflejo está con Laura. ¿De dónde salió? Nos reconozco de los periódicos y la televisión. Ellos se acercan como quien ve a un muerto, trago saliva. ¡No lo entiendo!

De pronto, no puedo parar de llorar, todo encuentra sentido. La esquecitis de nuevo me juega una mala pasada, ¿cuánto tiempo habré creído ser mi propio hijo? Él no es mi reflejo, el espejo nunca te llama...

—¿Papá?



www.pech.icm.gob.mx

Impreso y hecho en México por:



Grupo Industrial Gráfico

la más alta calidad en artes gráficas

Este tiraje consta de 300 ejemplares.

Imapcolor, S.A. de C.V.

Av. Luis G. Urbina #130

Complejo Industrial Chihuahua

Chihuahua, Chih.

Tel. (614) 388 3600

www.imapcolor.com

Printed in Mexico



PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2022



LAS VIDAS ALQUÍMICAS DE EMILIO QUIJANO

IGNACIO RAMÍREZ RICO
Y ALEJANDRO MELÉNDEZ SOTO

¿Qué podemos esperar de la lectura de *Las vidas alquímicas* de Emilio Quijano? Un sabroso disfrute, un humor subterráneo, exploraciones novedosas en las estrategias narrativas, quizá un desenlace que esclarece y a la vez oculta la verdadera intención de una investigación periodística de claro corte detectivesco. Aunque no hay entre los personajes un Hércules Poirot, sino una novia meticulosa que va hilando las piezas del rompecabezas de una o muchas vidas. Quizá, sólo quizá, esta novela estrene una forma alternativa de contar las metamorfosis humanas que todos experimentamos a lo largo de nuestra temporalidad.

